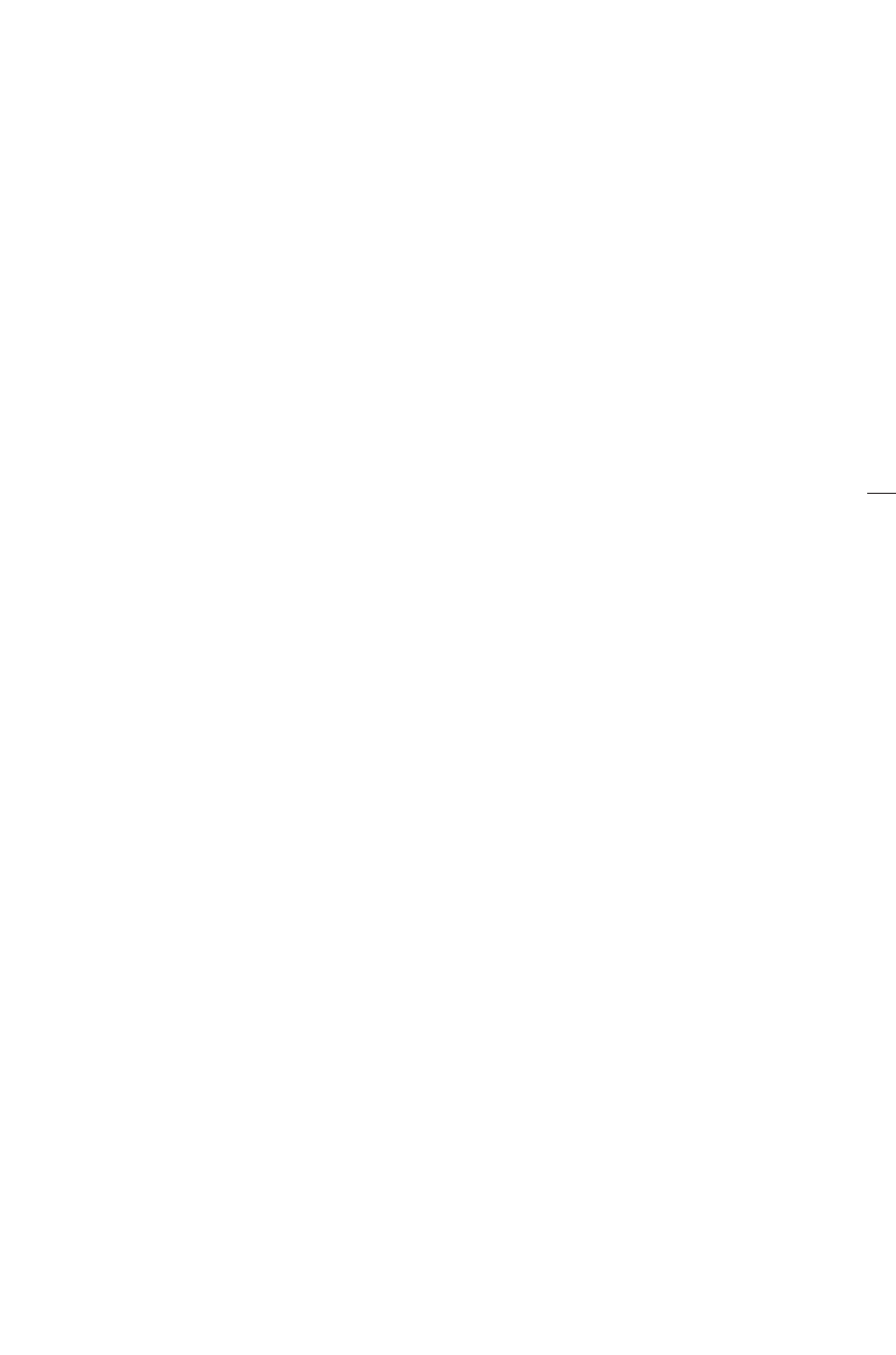


CRÓNICAS DE TANGO Y MILONGA



CRÓNICAS DE TANGO Y MILONGA

Patricia Borensztein



Borensztejn, Patricia

Crónicas de tango y milonga

1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Alsar, 2019.

176 p., 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-46380-2-1

1. Tango. 2. Milonga. 3. Crónicas. I. Título.

CDD 784.18885

© Patricia Borensztejn, 2019

Diseño de tapa: Juan Soto

Foto de tapa: Verónica Feinmann

Corrección: Mariano Pedrosa

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin permiso escrito del editor.

*A Nacho,
el rey de la milonga*

ÍNDICE

Cien barrios porteños (a modo de prólogo)	11
La glorieta	13
Sueño con La Ideal	15
Clase de Tango	17
Dar lo que se tiene	21
La belleza	23
La milonga es el mundo de las miradas	25
Ya tengo el tango adentro	27
Esperando que se desocupe un hombre	31
Solidaridad femenina	33
Para ir de Belgrano a Mataderos	37
Ella lo espera despierta	39
Caballeros en la milonga	43
Se llama tango	45
Un paraíso para los felices	47
Zapatos	51
Alas de tango	53
Pasión tanguera	55
Trueque	57
Rulitos	59
Somos tango	63
Como la vida	65
Vienen las francesas, las yanquis, las italianas	69
Abrazos (crónica en forma de milonga)	71

Y voy a creer que está bailando...	75
Allí no hay nada	79
La lección de María	81
Salón de los Milagros	83
Encontré un lugar	89
La viuda	91
Una de dos	95
Escena milonguera	97
Estambul	101
Ni yerba de ayer	105
Mentira social	107
Perfume de mujer	111
Separación de bienes	115
La Mesa de las Galanas	117
Hombres gratis	119
Plaza San Marcos	121
París	125
Los cosos de al lao	127
Un tropezón (cualquiera da en la vida)	131
Noventa y dos	133
La silla encantada	137
La primera vez	139
Que el fin del mundo te pille bailando	141
El peruano y el porteño	145
La despareja (otra crónica en forma de milonga)	147
Pepa y Pepe	149
El oficio más antiguo	151
Akiko	153
Pugliese	157
Corrientes y Esmeralda	163
Maestros	167
BONUS TRACK: Los zapatitos rojos (sobre una idea del cuento de Andersen)	171

CIEN BARRIOS PORTEÑOS

(a modo de prólogo)

Cien barrios porteños,
cien barrios de amor,
cien barrios metidos en mi corazón.

Letra y Música:
Carlos Petit y Rodolfo Sciammarella

Hace diez años que bailo el tango. Eso quiere decir que al menos una vez a la semana voy con mi compañero a alguna milonga porteña. Nos gusta repetir, y hacernos habitués, pues, ya se sabe, el hombre es animal de costumbres. Pero también nos gusta aventurarnos por los cien barrios porteños, a ver qué encontramos por ahí.

Estas historias que cuento nacen de las milongas de los cien barrios porteños. Claro que no son cien. Claro que tampoco las recorrimos todas. Pero sí recorrimos muchas. Y muchas, son cien.

Cada noche, no sé si volvía a casa con una historia distinta, pero sí puedo asegurar que volvía con algo más. Y eso más que fui metiendo dentro de mí cada noche de tango y milonga, al cabo de los días, salía de mí hecho relato, o algo que se le parecía a eso.

Van aquí mis cien crónicas de tango y milonga. Para quien guste escuchar.

Para finalizar este prólogo, las milongas y sus barrios por donde anduvimos estos años. Algunas ya no están allí. Se mudaron o simplemente desaparecieron. Pero no dentro de mí.

Mataderos (Nueva Chicago, Glorias Argentinas)
Colegiales (La Milonguita)
Villa Crespo (El Fulgor de Villa Crespo, Villa Malcom)
Saavedra (Caricias)
La Paternal (Milonga del Resurgimiento)
Villa Urquiza (Sunderland)
Palermo (La Viruta, Salón Canning, Salón Siranush)
Belgrano (La glorieta)
Boedo (Sueño Porteño, Gricel)
Almagro (La Catedral)
Parque Centenario (El viejo Correo)
Barracas (Los Laureles)
Montserrat (Nueva Chiqué, La Nacional)
Constitución (Yira Yira, Obelisco Tango, Lo de Celia)
Flores (La Baldosa)
Villa Pueyrredón (Sin rumbo)
San Telmo (La Independencia, Bendita Milonga, Dandy, Plaza Dorrego, El Tasso)
Parque Patricios (Huracán)
San Nicolás o Milongas del centro (El Beso, Porteño y Bailarín, La Ideal, Marabú)
La Boca (Bohemios)
Vicente López (El Trovador)

LA GLORIETA

Había un hombre que caminaba, ida y vuelta, por el costado de la pista de tango. Se lo veía inquieto. Es decir, primero había que verlo. Y luego uno lo podía ver inquieto. Yo no lo había visto. Pero Nacho sí. Me dijo: Ese tipo es un fanático del baile. No aguanta más. Está esperando que termine la clase para sacar a bailar a cualquiera.

Estábamos los dos apoyados en la baranda de la glorieta, esperando, tal como el fanático, que terminara la clase para invadir la pista de baile. Entonces, el tipo se acercó a nosotros. Es decir, a Nacho. Decidió que mientras esperaba era mejor liberar su energía en el diálogo. Y nos eligió a nosotros. En dos minutos supimos que era de Avellaneda. Que manejaba un taxi que detenía todos los días a las siete de la tarde en la glorieta para bailar unos tangos. Dijo también que la patrona no bailaba. Y que tampoco sabía que él bailaba. También nos dijo que tenía setenta y cinco, aunque

antes lo miró fijo a mi compañero y lanzó: decí cuántos. No sé, ni idea, respondió Nacho. Y después, no parece, le dijimos. Lo que había que decir. Como se estaba formando grupo, apareció un jovencito y nos dio la mano a los tres. Creo que se presentó. O no. Ya éramos cuatro. Al aire libre. Con sudeste soplando dentro de la glorieta. La última en llegar, antes de que a Nacho le agarrara el ataque de risa, parecía sacada de un cuento. Peinada de peluquería de antes, con spray en el pelo y puntas para arriba. Trajecito gris con olor a alcanfor. Carterita en brazo. Se acercó y empezó a explicarnos, sin que mediase introducción alguna y como si fuésemos sus conocidos de siempre, que esa tarde en su casa estaban podando los árboles, por eso había llegado tarde. Y luego dijo, mientras sonaba *El Choclo*, que eso era *El Choclo*. A lo que el de Avellaneda contestó, erudito, el nombre de todos los tangos, más sus autores, que habían sonado en los últimos veinte minutos. Pero ella insistió con *El Choclo*, y dijo que lo habían cantado en el coro de su iglesia. Por eso lo conocía. Al Choclo. Entonces fue que a Nacho le agarró el ataque de risa. Y dijo. Estamos todos (¿locos?).

Fue aquí. En la glorieta. Y de verdad. Nada menos que en el siglo veintiuno.

SUEÑO CON LA IDEAL

Sueño que estoy con mi hija chiquita en la Confitería La Ideal. Subimos al primer piso y desde allí se ve toda la ciudad, como si hubiéramos subido a la Torre Eiffel y esta ciudad fuera París.

La noche está entrada cuando llegamos, pero hay poca gente en la confitería. Abajo hay show, también con poco público, y aquí arriba suenan los compases de Di Sarli, de Troilo y alguna de las más lindas milongas de Canaro. Subimos por las escaleras de mármol traído de algún lugar de Italia. La mujer que vende las entradas está sentada en una mesita al costado del hermoso ascensor de rejas labradas, que no sabemos si está en uso o quedó quizás detenido. En el tiempo. Como La Ideal.

Entramos al salón y nos acomodamos en una de las muchas mesas libres.

Algunos extranjeros sacan fotos y aplauden cuando terminan los compases de una tanda. Una extraña pareja hace

piruetas en la pista. Los extranjeros creen que así se baila el tango y les sacan muchas fotos.

Las increíbles arañas francesas que cuelgan del cielo-raso o emergen de las columnas tienen la mitad de sus lamparitas apagadas. Las otras han sido reemplazadas por bombillas de bajo consumo.

Las hermosas sillas de cuero, traídas de Checoslovaquia (en ese entonces, Checoslovaquia) permanecen en algunas mesas solamente. En el resto, hay sillas de plástico.

El salón está muy poco iluminado. La poca luz se pierde en la *boiserie* de roble de Estonia tallada artesanalmente que cubre sus paredes.

Hay pocos mozos. Pocas cosas para picar. Una pequeña decadencia.

Pero la música suena. Ahora *Poema*, de Canaro. Un hombre muy erguido de traje negro, peinado a la gomina, con el pelo renegrido por la tintura (de la buena, como cuenta Fontanarrosa en “El rey de la milonga”) sale a bailar con su compañera. Ella lleva un vestido de gasa color rosa, largo hasta el piso. Como si alguien los hubiera contratado para un show. Comparten pista con los que hacen piruetas. Los extranjeros aplauden.

Salimos a bailar con mi compañero. Yo cierro los ojos. Y sueño que yo no soy yo, que soy una de aquellas señoritas que tocaba el bandoneón en las famosas Orquestas de Señoritas de aquel salón de principio de siglo, o sino sueño que está cantando Gardel, o bien que en el escenario suena con toda su fuerza la orquesta más importante de los años treinta, la de Julio De Caro.

Sueño que salgo al hermoso balcón del primer piso, y desde allí miro la ciudad, que parece París, pero no, es simplemente la magnífica Buenos Aires.

CLASE DE TANGO

Lunes 4 de enero. 19 horas. En la clase de Jorge y Rosa Canisini. Profesores de Tango. (No pierdan el tiempo en buscarlos, son inventados).

Hay exactamente el doble de mujeres que de hombres. Lo que tenemos que aprender hoy es una figura en donde la mujer debe hacer un *ocho adelante*, pero sin una *marca* demasiado fuerte del hombre. La figura para la mujer es un *pivot* que la tiene que dejar perpendicular al hombre, luego *ocho adelante*, luego otro *pivot*, pero en este caso con un ángulo menor, un paso adelante y luego se termina con un *ocho milonguero*, creo recordar.

Como soy mujer, no tengo ni idea de cuáles deben ser los pasos del hombre, pero sí sé que su *marca* debe ser muy suave.

Jorge, el profesor, pone a practicar a cada hombre con dos mujeres, porque, como dije, hay dos mujeres por hom-

bre. Jorge reparte a las mujeres, administra fortuna... es como un dios.

Practico con el que me toca a mí. La primera vez que lo hacemos no entiendo nada y me doy cuenta de que estoy haciendo cualquier otra cosa. Pero luego de dos y tres repeticiones, voy comprendiendo el movimiento y mi cuerpo va respondiendo. Entonces el hombre me deja, toma a la otra mujer y practica con ella. A ella le pasa lo mismo que a mí, pero ella, como no le sale, intenta darle indicaciones al tipo. Infructuosamente. Viene Jorge y le muestra al hombre algunos de los errores que él está cometiendo. Entonces, el hombre rectifica. Practica conmigo, y luego con la otra mujer. Un poco y un poco, de una manera bien equitativa.

Al lado nuestro, hay otro trío. Al hombre lo conocemos, pues nos hemos ido encontrando todo el año en las clases de Jorge. Una de las mujeres que le tocó en suerte a este hombre, digámosle por ponerle un nombre El Petiso, es Alejandra, una mujer bastante extravagante y extrovertida, también asidua de las clases Jorgianas. La segunda mujer que le fue asignada a El Petiso es una señora sin demasiados atractivos. Desconocida por mí hasta el momento. Reparo, mientras estoy esperando que mi hombre (el que me tocó) termine la secuencia con mi compañera de hombre, reparo, digo, en El Petiso. No la suelta a Alejandra. No reparte su tiempo y su práctica entre las dos mujeres que le fueron asignadas. Alejandra practica y la otra mujer está contra la pared y espera... la mujer que está sola y espera...

Entonces me acuerdo de algo que me contó Nacho un día. Se habían ido todos los hombres con Jorge al salón de al lado, a practicar un paso. Entonces, Jorge pidió una

mujer para que todos practicara el paso con ella, y Rosa le envió a Alejandra. Y podés creer, dice Nacho, el tipo agarró a Alejandra y se bailó toda la pieza, y nosotros esperando que la soltara para practicar nuestro pasito. No, no me gusta ese tipo, dijiste. Es un egoísta. Me acuerdo que yo te dije que quizás no había entendido la cosa, es decir, que quizás era un poco tonto. Y vos dijiste, no, de tonto nada, se quiso acaparar a la mujer. Recuerdo la anécdota en el mismo momento en que confirmo la sensación de Nacho. La mujer contra la pared. La mujer que está sola y espera. Y el tipo que no la suelta a Alejandra. Entonces me da rabia, y se me ocurre que debería decirle a Jorge. Pero me detengo porque me imagino a mí misma ridículamente así: “Señorito, señorito, hay una alumno que no está cambiando de mujer”. No, de ninguna manera, pienso. No soy yo quien debería quejarse. Yo vengo a aprender a bailar el tango. Eso pienso. Pero no dejo de sorprenderme, de todas formas, de cómo, hasta en los más insólitos lugares, aparece el hombre, y toda su inmensa miseria humana.

Ahora me toca nuevamente bailar con mi hombre, no el que Dios me dio, sino el que me asignó Jorge. Me abrazo a él de otra manera, quizás verlo al otro me hizo valorar lo mío, no lo sé, pero abrazo a mi hombre y nos sale mucho mejor el paso. Se trata de eso, aprendo hoy. No sé si es esto lo que intenta enseñarnos Jorge, pero yo hoy descubro que con solo técnica no llegamos a ningún lado, que debe haber algo en el abrazo. Sea quien sea el hombre. O la mujer. Esto es el tango.

DAR LO QUE SE TIENE

Estamos sentados uno a cada lado de la pequeña mesita que bordea la pista de la milonga. Sobre nuestra mesa, una botellita de vino, unos vasos, un agua con gas, y un trozo de torta helada de chocolate y frutilla. Suenan los compases de Di Sarli. Vamos. Dice él. Yo dejo mi cuchara, con la que estaba por tomar un trozo de mi torta helada. No importa. Que se derrita la torta. Nos levantamos los dos. Y bailamos Di Sarli. Para mí, bailar con él es mucho más que bailar. Si pudiera explicarlo bien, lo haría. Pero no puedo. Bailo.

Cuando se acaba la tanda, volvemos a nuestras respectivas posiciones en la mesita. Mi compañero me dice, salgo un ratito a fumar. A mi costado, en la mesa contigua, hay una mujer sentada sola. Me dice, ustedes dos, cuando bailan, transmiten algo maravilloso. Una sintonía total entre los dos cuerpos. Gracias. Le digo emocionada. Porque me doy cuenta de que ella capta lo que a mí me pasa con él, y ade-

más, me lo dice. Yo soy médica, me dice. Pero hace quince años sufro Parkinson. No sabés lo feliz que sería si pudiera bailar con tu compañero. Entonces me sube al cuerpo una oleada de un amor profundo por esa mujer que desea ser yo, aunque sea un instante. Me conmueve su deseo, tan franco. Me conmueve su humildad. Me conmueve la imagen que me devuelve de mí. Tan hermosa.

Claro, le digo. Y seguimos hablando. Me cuenta muchas cosas. Qué mujer tan interesante. Qué placer cómo describe por qué el tango ayuda a los que sufren, cómo el cuerpo ayuda a la mente, lo vertical con lo horizontal, el eje de equilibrio, mil cosas que no alcanzo totalmente a comprender, pero que intuyo que son la causa de mi placer al bailar.

Entonces, llega mi compañero. Le presento a la mujer, que se llama igual que yo. Ella no necesita muchas palabras para que él entienda todo. Nacho es así. Solidario y entregado. La saca a bailar una milonga.

Cuando vuelven a la mesa, ella está feliz y radiante. Seguimos conversando. La noche va pasando. Yo bailo con mi compañero. De tanto en tanto, él vuelve a sacarla a bailar. La mujer está cada vez más feliz.

Es ella la que me dice, casi antes de irse. ¿Sabés qué pasa con el tango? Aquí, uno da lo que tiene, no lo que le sobra.

Me encanta esa frase. Es así.

LA BELLEZA

Ayer su rostro estaba hinchado, y debajo de uno de sus ojos parecía que tenía una picadura de mosquito. Estaba molesto. Es por la transpiración, me dijo. Cuando transpiro, las gotas de sudor me dan picazón.

Eso es por bailar mucho, le dije. Y se sonrió. Si querés nos vamos, le dije. Y se sonrió de nuevo, pero esta vez habló. ¿Estás loca?, me dijo. Si esto es lo que me mantiene vivo.

Yo lo miré de repente y me di cuenta de que no estaba lindo. ¿Acaso yo estaba linda? No. Ni él. Ni yo. Parte por parte. Pedacito a pedacito. Estábamos los dos ya llenos de imperfecciones. Imperfecciones que la penumbra del salón se ocupaba de ocultar. Un poco. Solo un poco.

Entonces, alcé la vista. Muchas parejas ya estaban llenando la pista. Muchos jóvenes, acompañados por sus jóvenes parejas, comenzaban a girar en ese mar de abrazos. Jóvenes perfectos. Viejos imperfectos. Volví mi rostro

para mirar a mi compañero. Lo miré. Fijé un largo rato mis ojos en esa picadura que le escocía debajo del ojo.

Y sonreí para mis adentros.

Cuando uno sonríe para sus adentros, es porque ha sabido encontrar dónde está guardada la belleza que nos conmueve.

LA MILONGA ES EL MUNDO DE LAS MIRADAS

El hombre llegó bien entrada la noche, pidió una mesa y le dieron una de las mejores, al lado de la pista de baile. Por lo llena que estaba la milonga ese día, seguramente el hombre habría hecho la reserva con anticipación. O bien era alguien conocido de los organizadores. O quizás era alguien importante. En todo caso, nadie reparó en él. Pero yo sí. Porque el hombre miraba, pero no bailaba. Era de contextura grande, edad, quizás rondando los sesenta. Parecía un intelectual. Quizás un escritor. También pensé que podía ser un extranjero. El hombre miraba. Y quizás también escribía en un cuaderno. O quizás el cuaderno me lo inventé yo, solo porque me parecía bonito pensarlo como escritor.

La noche seguía transcurriendo. Nosotros bailando. El hombre, en su mesa. Mirando.

Nosotros bailando. El hombre mirando.

Cuando abrí mis ojos al terminar una de las tandas me encontré con sus ojos mirándome. Habíamos quedado detenidos en el último compás justo enfrente de su mesa, mi compañero de espaldas a él. No quise sonreír pues estaba aún abrazada a mi hombre, así que mantuve mis ojos allí, en su mirada, y él me dedicó una sonrisa de aprobación, a la que no tuve más remedio que contestar y así hice. Mi sonrisa fue una sonrisa casi sin sonrisa, una luz chiquitita que salió de mis ojos, que no pude evitar, porque evitarla habría sido de alguna manera una falta de educación. Eso es. Con su sonrisa, él me dijo, qué bien bailan. Con mi sonrisa, yo le dije, gracias.

La milonga, es el mundo de las miradas...

YA TENGO EL TANGO ADENTRO

Ayer, fui sola a la milonga. No es algo que suela hacer. Siempre voy con un grupo de amigos, o me quedo a bailar después de la clase, o bien salgo a bailar con mi compañero. Así que no es habitual en mí comportarme como una milonguera.

Una milonguera. Eso es. Como la rubia que cada sábado a la noche entra en el salón bien pasadas las doce, se sienta en la mesa que le tienen guardada desde siempre, al borde de la pista y en el medio del salón. Pide un balde con una botella de cerveza, unas papas fritas, se quita el abrigo. Mira y espera. Baila. Siempre baila. Con los mejores hombres del salón. Jóvenes o viejos, no importa. Ella baila con los mejores. Y ya no necesita mirar desesperadamente como otras mujeres, cuando se sientan solas, se acomodan y empiezan a buscar miradas. No sea cosa que no bailen en toda la noche. Ella, la milonguera, sentada

en la mejor mesa. Mira y espera. Tranquila. Mira y espera. Escucha la música. Toma su cerveza. Sin apurarse. Mira y espera. Ella. No necesita que la saquen a bailar. Ella, ya tiene el tango adentro.

Ayer, fui sola a la milonga. Cuando entré, me di cuenta de que iba a ser muy difícil. El salón estaba plagado de hombres y mujeres. La música inundaba el salón. Eso ya me gustó. El bullicio de la gente solo se escuchaba entre tanda y tanda. La música lo inundaba todo. Pensé nuevamente en que iba a ser difícil, pero no me importó. Me gustaba sentirme un poco milonguera. Como la rubia.

El mozo me acompañó a mi mesa. Un poco apartada, no en la primera fila, pero estaba bien, se veía bastante la pista de baile y había hombres rodeándome. También mujeres. Muchas. Las tandas se fueron sucediendo lentamente. Yo pedí un café, no cerveza como la rubia. El tiempo fue pasando rápidamente. Las tandas lentamente y el tiempo rápidamente. ¿Cómo es eso? ¿Quizás porque la música se me iba metiendo en el cuerpo? Yo sentada. Yo esperando. Decidí observar un poco a los hombres que tenía cerca. Uno de ellos me pareció que me estaba mirando e invitando a bailar, yo respondí que sí con mi mirada, pero el hombre se ve que estaba mirando a otra, porque me hizo una seña como diciéndome, después. Y al cabo de unos instantes, sacó a otra mujer.

Bueno. Pensé yo. Ya hice de mujer. Ahora voy a hacer de milonguera. Así que me quedé mirando la pista y escuchando la música. Cuando miré el reloj, ya era tarde. Me agaché para comenzar a quitarme los zapatos. Entonces sentí la voz de un hombre a mi lado que me decía. No.

No te podés ir sin haber bailado. Lo miré, y le agradecí con el alma su gesto. Bailé Caló con ese hombre. Hermosos tangos. Luego él me acompañó a la mesa. Y yo me quité los zapatitos, me puse el abrigo, pagué, y me fui. Cuando salí a la calle, respiré el fresco de la noche, y aún con los acordes de Caló en el cuerpo, me dije: ya me puedo ir a casa. Ya tengo el tango adentro.

ESPERANDO QUE SE DESOCUPE UN HOMBRE

Aquí estamos todas. Contra la pared apoyadas algunas. Otras, sentadas compartiendo un trozo de banquito. Esperando que termine el tango para que se desocupe un hombre y podamos practicar el pasito que nos acaba de enseñar el profesor.

Siempre hay muchas más mujeres que hombres en las clases. Bueno. No siempre. Solo la mayoría de las veces. Y el sistema es ordenado. Toca esperar.

Y en esas esperas,
apoyadas unas junto a las otras,
mientras ellos bailan,
nosotras, mujeres que esperan que se desocupen hombres,
que no conocemos nuestros nombres, porque solo nos
unen esos instantes de compartir pared o banquito,
nosotras, digo,
en esas esperas maravillosas

nos confesamos amores, odios, separaciones y uniones
nos compartimos dudas y certezas
nuestros íntimos secretos,
nos elogiamos la ropa o los zapatos
quizás también alcanza para una receta
de torta de manzana o calabaza
no importa.
Todo eso hacemos nosotras,
las mujeres,
en lo que dura un tango
que no bailamos,
porque estamos esperando
que se desocupe un hombre.

SOLIDARIDAD FEMENINA

Ese día, él entró al salón y notó algo raro. Como si hubiera un ambiente distinto del habitual.

Sin embargo, estaban las mismas caras.

Sin embargo, las mesas estaban igual de ocupadas.

Sin embargo, la música era la de siempre.

Nada había cambiado. Pero algo sucedía. De eso estaba seguro.

Se sentó en la mesa de siempre. Desde allí miró las mesas de las mujeres. Había muchas y hablaban. Había también algunos lugares vacíos. De las que estaban ya en la pista, bailando. También el lugar de ella estaba vacío. Pero ella no estaba en la pista. Quizás no había llegado. Aún. Quizás, pensó de repente, quizás era eso lo raro. Que ella no estaba. Que quizás ella jamás estaría allí. Eso pensó. Y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Voy a esperar. Pensó él. Mi primer tango será para ella, así que la voy a esperar. Pensó él, de nuevo. Le hizo una seña a la moza, y le pidió un vaso de vino tinto, y un platito con queso cortado. Mientras la espero, pensó. O quizás lo dijo en voz alta cuando la moza se retiraba con su pedido. Ya no sabía si su voz hablaba o pensaba. Estoy desorientado. Pensó. Como el tango.

La moza trajo el vino y el queso. Él tomó el vino. Comió el queso. Todo eso sucedió. Y ella no estaba allí.

Entonces él pensó, y bueno, ella se lo pierde. Seguro que no vino porque está enojada. Pero no es para tanto. Cómo exageran las mujeres. Siempre. Nunca. Y otro escalofrío recorrió su cuerpo.

El último bocadito de queso lo encontró con los primeros compases de Di Sari. Ella se lo pierde, volvió a pensar. Y clavó su mirada en la suiza que siempre moría por bailar con él. La suiza sonrió. Se levantó de su silla. Pero en lugar de dirigirse a la pista, rodeó la mesita y se perdió por detrás de la pista, probablemente rumbo al baño.

Él quedó de pie. Y miró a una japonesa que había visto bailar tantas veces. Qué bien bailan las japonesas, le repetía una y otra vez a su compañera. Andá a sacarla a bailar, le decía ella. Pero él no. Se moría de ganas, pero no lo había hecho. Así que hoy sí. Avanzó unos pasos hacia la japonesita. Tarde. Ya había aceptado la propuesta de un hombre vecino a ella. Él volvió a quedarse de pie. Lo intento de nuevo, pensó. Pero la tercera es la vencida. Por allí atrás había una mujer. Una veterana. No baila muy bien pero qué importa. Pensó él. No me voy a quedar sin bailar la tanda de Di Sarli. Así que se acercó a la mesa de la veterana. Y

cuando estaba a su lado, le dijo lo que nunca. ¿Bailás?, y la veterana lo miró, de arriba a abajo, y le dijo. No. No bailo. Me duelen los pies ahora.

Él volvió a su mesa. Aturdido. Desorientado. Nunca tres rechazos seguidos. Nunca a él. El rey de la milonga. Eso me pasa por no esperarla a ella. Pensó. Y otro escalofrío volvió a atravesarle el cuerpo.

Pasó la noche. O al menos, algunas horas de la noche. Ella no apareció. Él no pudo sacar a bailar a ninguna mujer. Cada vez que lo intentaba, la mujer elegida encontraba una manera para rechazarlo, ignorándolo a veces, negándose otras.

Cuando ya la noche estaba muy entrada, el hombre comprendió. Ninguna mujer lo iba a acompañar esa noche. Ella no estaba, pero estaba allí, en todas las mujeres.

Solidaridad femenina. Eso era. Y otro escalofrío le recorrió el cuerpo.

PARA IR DE BELGRANO A MATADEROS

Me preguntaba ¿cómo se hace para ir de Belgrano a Mataderos? De un extremo a otro de la gran ciudad. Sin salir de Buenos Aires. Siempre adentro, pero de Este a Oeste, pero de Norte a Sur. ¿Cómo se hace?

Para ir de Belgrano a Mataderos, se sale de tu casa, vereda arbolada, atardecer de verano. Vestido floreado, con predominio de negro. Zapatos bajos calzados en los pies. Zapatos de taco aguja en el bolso que ocultás en la cartera. Un perfume a jazmín que te acompaña, aunque no se sabe si proviene de tu cuerpo o del aire que trae el viento. Hoy terminaste de atender temprano. En realidad, la paciente de las ocho te pidió cambio de turno, así que le diste el mediodía. Y como es verano, el adolescente que viene a las seis está de vacaciones y no viene por un mes. Así que te dio tiempo para volver a casa a las cinco. Nadie en casa. Como siempre. Te diste una ducha y te pusiste el vestido floreado. Antes te probaste el pantalón negro, te ajusta un poco porque esta semana no

te cuidaste, así que lo dejás tirado sobre la cama, junto con algunas prendas que quedaron allí desde la mañana. Cuando vuelvas, ordenás. Pensás. Querés irte de tu casa. Hoy estás apurada. El vestido floreado te queda lindo. No parecés más que lo que sos. No aparentás nada que no seas ni que no tengas. Así, el que te elija, te habrá de elegir a vos. Sencillamente.

¿Cómo se hace para ir de Belgrano a Mataderos? Así como te cuento, y viceversa.

Se deja la camioneta bien estacionada, eso quiere decir en cualquier lado estacionada. Total, quién se va a animar a llevarse semejante porquería, que hoy se le rompe el embriague y mañana los frenos, y otro día la correa, y ya estás hartos de que se robe, la muy mala, toda la plata que te pagan por día, por trasladar mercadería barata, tan barata que ningún chorro te la quita. Ya estás hartos, dijimos, pero cuando estacionás la camioneta en cualquier parte, y salís perfumado, zapatos, pantalón y camisa negra, la camioneta (como la calabaza) se convierte en limusina, y pareces un rey, el rey de Mataderos, que en este atardecer de Buenos Aires, con olor a jazmines, entra sonriente al salón, detrás de una mujer de vestido floreado.

¿Cómo se hace para ir de Belgrano a Mataderos? De Este a Oeste, de Norte a Sur, parece un milagro transitar tanta diferencia.

Pero es un instante cualquiera, y se produce el milagro, quiero decir el cabeceo. Y él te mira el vestido, y piensa, me arriesgo. Y vos le mirás el cuerpo y pensás, quizás tenga un buen abrazo. Y después del primer tango, solo por decir alguna pavada, ella te hace esa pregunta, ¿de dónde sos?, y él contesta Mataderos y ¿vos? Y yo, yo Belgrano. Eso decís. Y ya llegaste... llegaste a Mataderos.

ELLA LO ESPERA DESPIERTA

A la mañana, muy temprano, casi de noche incluso en verano, lo cual ya es mucho decir, ella se levanta cuando él se levanta. Va a la cocina, despacio para no caerse, y pone el agua, para el mate.

No te levantes, dice él. Yo me arreglo.

Pero ella cada mañana olvida que él le dijo que no se levante.

Luego ella vuelve a la cama. Y él se arregla sin ella en la cocina. Cuando ella siente el ruido de la puerta al cerrarse, cierra también sus ojos. Para dormir un poco más.

Él no sabe qué hace ella durante la mañana, pero cuando llega a casa, la comida ya está sobre la mesa. Si hay churrascos, ella pone la plancha a calentar unos minutos antes de que él llegue, y cuando siente la puerta de calle (la de abajo, porque todo su cuerpo ya está tan cansado, pero sus oídos cada vez están más suaves, más finos, y lo escucha llegar

desde la puerta de abajo, como un perrito a su dueño) justo ahí, en ese instante se levanta de su silla, donde estaba sentada, no sabemos haciendo qué, y pone la carne en la plancha para él. Ella come poco, como un pajarito, así que el churrasco es para él. Solamente.

Él no sabe qué hace ella esas horas que él está fuera de casa, pero si hay churrasco al mediodía, sabe que ella bajó a hacer las compras, y le reprocha, cariñosamente le reprocha, ya te dije que no tenés que bajar, yo hago los mandados cuando llego a casa, mirá si te caés en la calle, le dice a ella. Pero sabe que ella olvidará lo que le dice. Y bajará, despacito, con su bastón, unas horas antes de que él llegue a casa, a comprar los churrascos. O el azúcar. O la yerba para el mate.

Luego, él descansa unos minutos, y ella aprovecha para tirarse un rato, a su lado.

Él vuelve a irse, y no sabe qué hace ella durante esas horas de la tarde, pero cuando vuelve del trabajo, ella lo espera con el agua caliente, para el mate. Ella sabe que si él puede habrá pasado por la panadería a comprar los bizcochitos de grasa para el mate. Si él puede. Si no llega muy cansado, tomarán mate con bizcochitos los dos, sentados en la cocina, mirando la tele. Casi sin hablarse.

Después del mate, él se acuesta un rato. Y él no sabe qué hace ella ese rato que él se duerme profundo, muy profundo, disfrutando de un descanso que no se termina para ir a trabajar como en la noche. Si él está muy cansado ese día y no se despierta antes, ella lo despierta, más o menos a las ocho de la noche, y le dice, son las ocho. Son las ocho, le dice. ¿No vas a ir a la milonga?

Entonces, él se levanta, se ducha, se viste de negro el milonguero, se calza los zapatos, recién lustrados por ella, y se va, cierra la puerta de calle, y antes le dice a ella, andate a dormir, le dice, no me esperes despierta.

Pero ella, cuando él vuelve, está despierta.

Ella. Lo espera. Despierta.

CABALLEROS EN LA MILONGA

Hombres de un lado. Mujeres del otro. Enfrentados. Nos enseñan un paso. Ahora hay que practicarlo. Al hombre que está enfrente de mí no lo conozco. Pero no importa. Como hemos quedado enfrentados, me acerco a él para practicar el paso. El caballero, al decir del profesor, marca demasiado fuerte.

El hombre en el tango tiene que proponer los movimientos a la mujer, nosotras tenemos que interpretar el movimiento sugerido y hacerlo. Si esa magia se produce, entonces uno baila. Si no, es otra cosa. Yo creo que los hombres tienen tanto miedo de no ser interpretados por la mujer que, en lugar de sugerir el movimiento, lo imponen. Imponer el movimiento es intentar manejarte haciendo fuerza con la mano de ellos sobre tu espalda. Odio eso. Siento que me quita libertad, porque el abrazo es abrazo, no ahogo. El hombre que me tocó hace eso. Así que se lo digo. No así,

claro. Le digo otra cosa. Le digo, no es necesario que me marques tan fuerte. Y el tipo me contesta así: Ah, ¿vos decís que yo soy bruto? Eso dicho de muy mala manera. No, le digo yo bastante impresionada por la violenta reacción del “caballero”, no digo eso, digo que no es necesario que me marques tan fuerte, porque yo sé lo que tengo que hacer. Ah, insiste el hombre, si creés que yo soy bruto terminamos de practicar y te vas con otro. Así que así hicimos. Yo debiera haberme retirado en ese mismo instante, pero no lo hice. Terminamos de practicar el paso y nos despedimos con apropiada cordialidad.

Definitivamente, un hombre bruto. Yo no me había dado cuenta, pero fue él quien lo dijo.

SE LLAMA TANGO

La seda violeta de su chal deslizándose por su hombro cuando ella se mueve en la silla.

Sus largas piernas cruzadas asomando hacia la pista como una invitación al baile.

Sus pies, moviéndose inquietos debajo de sus finos tobillos, decorados por unos zapatos de charol negro, que dejan casi todo al descubierto, desnudos sus pies, con uñas pintadas de rojo, rojo sobre negro. Negro charol. Rojo Esmalte.

Su torso girando cuando me acerco a su silla.

Su rostro alzando la vista cuando percibe mi intención.

Sus ojos, ¡ay! sus ojos, aceptando mi invitación. Solo sus ojos. Violetas. Como la seda.

Su chal derritiéndose en su silla cuando ella lo abandona al ponerse de pie.

Su vestidito negro, que ella alisa con sus manos, antes de dar el primer paso. Hacia mí.

Su mano, terciopelo en la mía.

Su cuerpo, arrimándose al mío, música entre música.
¿Cuál es la música? ¿La que escuchan mis oídos, o mi cuerpo?

Su perfume mezclándose en el tango. El tango mezclado en su perfume. Las notas de mis pasos en sus pies. Sus pies dibujando mis dibujos.

Mi brazo quieto en su espalda. Su brazo moviéndose en mi espalda. Y ahora. Al revés. Ella quieta. Yo me muevo.

Sigue el perfume. Siguen las notas. Armonías con frases en un idioma divino. Algo que no se escribe, que no se lee, que no se dice, está pasando.

Algo que no se escribe
que no se lee
que no se dice
está pasando.
Se llama tango.

UN PARAÍSO PARA LOS FELICES

La milonga explotaba de gente. El bullicio competía con la música. Había casi dos filas de personas arrimadas a la barra. Hombres y mujeres llenaban las mesas, incluso había algún hombre de pie, esperando que se desocupase alguna silla. Cada vez que daba comienzo una tanda, ellas y ellos se levantaban de las sillas y el salón parecía un hormiguero pisoteado, ellos y ellas, las hormigas que huían despavoridas de sus asientos, para encontrarse de nuevo en el centro de la pista.

Yo miraba. Me llamaba la atención el atuendo de la gente. Es un disfraz, me explicaba mi compañero. Aquí venimos disfrazados de milongueros. Fijate ese personaje, el que está pegadito a la mesa de la punta, fijate sus zapatos, puntera blanca, sobre charol negro. Fijate esos pantalones negros y esa camisa negra furiosa. Decime si podés salir

caminando por la calle de esa manera. Disfrazado. Y entrar a un bar y pedir una hamburguesa. No. No pega. Es un disfraz de milonguero. Que te lleva atrás en el tiempo, al tiempo de ese tango que estás bailando. Al tiempo del cuarenta. O del cincuenta. Y fijate esa mujer, con esas calzas de leopardo blanco y negro, bien apretadas a un cuerpo enorme, a un rostro avejentado, pero maquillado, imagínate si ella puede subirse así a un colectivo, y sacar su boleto para ir al trabajo, con esas calzas, con esos cachetes enrojecidos por el colorete y por el calor de la milonga. Es un disfraz. Un disfraz que nos ponemos, me decía mi compañero. También de negro. También disfrazado.

Así hablábamos mientras la pista hacía girar a las parejas que pasaban frente a nosotros, disfrazadas quizás, pero felices. Millones de rostros apretados unos con otros. Disfrazados. Quizás. Pero felices. Parejas parejas y parejas desparejas. Todos girando. Disfrazados quizás, pero no disfrazando la sonrisa. Claro que no, decía mi compañero. Esa sonrisa es de verdad. No está disfrazada. Son felices. Se disfrazan, quizás para eso. Para ser felices.

Entonces pasó ella.

Una mujer muy joven. Con el cabello muy corto, cortado a lo varón. Los labios pintados de rojo. Un vestido negro muy corto que dejaba su espalda desnuda casi hasta el inicio de sus caderas. Hermosa mujer. Mi compañero la miró. Yo vi que la miraba. Se lo dije. Es bella, dijo.

Bailaba con un hombre muy mayor, de movimientos casi espásticos, y rostro duro.

Le dije. Fijate. Ella no es feliz. Mi compañero asintió con la mirada.

Los dos los seguimos con la mirada durante todo el tiempo que duró la tanda. Y cuando terminó, los vimos sentarse juntos en una mesa cercana a la nuestra.

Están juntos, dije yo. Así parece, dijo él, mi compañero.

Él desvió su vista a cosas más interesantes. Yo seguí mirando esa pareja. Ella tenía el rostro tieso, miraba hacia adelante. No hablaba. Él le hablaba. Ella ni siquiera giraba la cabeza para escucharlo. Él, parecía setenta. Ella, aparentaba veinte. Él, parecía amargado por la vida. Ella, parecía hundida. ¿Qué hacían esos dos bailando tango?

Si yo hubiera sido Dios, los habría echado a ambos de ese paraíso.

ZAPATOS

El salón es rectangular. Para que la pista de baile sea lo más amplia posible está rodeada de una única fila de mesitas redondas muy pequeñas, con sillas de respaldo estrecho donde es imposible para las mujeres colgar sus bolsos, así que todo termina descansando siempre en el piso del salón. Y también los zapatos.

Me gustaría tomar una fotografía del suelo de la milonga. Se verían zapatos desparramados por doquier. Zapatos sin sus pies, digo, porque la foto también mostraría zapatos en sus pies, pero estos, a diferencia de los otros, comunes y silvestres, normales y corrientes, serían zapatos elegantes de fino y alto tacón. Zapatos de baile. Cada cual más hermoso.

Porque, en lo que respecta a la indumentaria, lo más maravilloso de la milonga son los zapatos de sus mujeres. Un universo deslumbrante de colores, a veces audaces para lucir en los pies, como rosados, turquesas, violetas, dora-

dos, plateados (obviamente) combinados entre sí con texturas que van del tradicional cuero, a la tela, o al laminado. Son increíbles, y, sobre todo, contrastan con el zapato que permanece tirado bajo la mesa mientras dura la milonga. Una misma mujer, con la misma ropa pero con los zapatos cambiados, pasa de ser una mujer corriente, que ningún hombre se volvería en la calle para mirar, pasa a ser, qué puedo decir, una reina, su alteza real. Subidas arriba de ocho o nueve centímetros de taco bien brillante. Cien convertidas en reinas. Todo por los zapatos de tango.

ALAS DE TANGO

Cuando llega la noche del viernes, ella se despoja de todo lo que lleva encima, se quita hasta el último pensamiento útil o inútil de la semana, tira su ropa con olor a rutina (o a lo que queda de su rutina) y... despojada y desnuda se calza las alas, las alas de tango, por arriba del vestidito negro, y vuela, vuela y vuela....

PASIÓN TANGUERA

La milonga es un lugar de pasiones. Eso no lo sabés si es el primer día que vas. El primer día te perdés mirándolos.

Las piernas entrecruzándose, los cuerpos pegados, la música entre ellos, colándose entre resquicios que los dos cuerpos dejan. Como el aire.

Elegís alguna pareja. La que más te ocupa la mirada, y fantaseás que sos el hombre, que sos vos el que baila con esa mujer pegada a tu cuerpo. Como un pibe soñás tu sueño de hombre y te transformás en hombre, en el hombre que siempre quisiste ser y que baila el tango.

Entonces la ves. Entra al salón acompañada de dos amigas.

La milonga es un lugar de pasiones. Eso lo sabe la mujer, porque también tiene historias. Mil historias de tango y milonga. Algunas que empiezan con los acordes del primer tango y mueren antes de que empiecen los de la milonga. Otras que siempre están empezando. Algunas que no

conocen otro escenario más que la milonga. Otras que los conocen todos.

Entonces, vos la ves. Y ya no querés ser cualquier hombre, sino ese hombre. El hombre que baila el tango con la mujer que entró al salón con dos amigas, el hombre que ahora entrecruza sus piernas entre las piernas de ella, el hombre que la hace gozar, no entre sábanas, sino entre cadencias musicales.

Qué fuerte habrá sido tu mirada. Qué fuerte, para conseguir que la música termine justo en el instante en que la pareja está frente a tu mesa. Vos sentado.

Entonces, ella también te ve. Y luego te mira. Y luego se va hacia su mesa.

(Yo no creo en el amor a primera vista. Pero unos ojos oscuros que no pueden dejar de mirarte... ¿quién podría resistirlos?).

Atravesás el salón rumbo a su mesa (¡cuánto darías por ser tu padre en este instante para saber bailar el tango!). Atravesás el salón para bailar con ella.

Y ella, la mejor de la milonga, acepta bailar con vos.

La milonga es un lugar de pasiones. Eso me contás. Y yo te creo.

TRUEQUE

Yo le di a ella mi libro, y ella a mí, sus zapatos de tango.

Así que yo voy acariciando el suelo con sus pisadas, y ella va subiéndose a los ventanales con las mías...

RULITOS

Como nadie sabía su nombre, lo empezamos a llamar Rulitos. Porque el hombre tiene rulos en su cabeza. Al principio, claro, tenía muchos más rulos que ahora, porque ya pasaron diez años desde que conocemos a Rulitos. Diez años. Que veinte años no es nada, eso lo decía Gardel, pero entonces diez es mucho menos que nada. Pero claro, no es lo mismo nada a los treinta, que nada a los sesenta. Digamos que, a nuestra edad, decir que a Rulitos lo conocemos hace diez años, no es poco decir. Al menos, en lo que respecta a la cantidad de rulos que tiene en su cabeza.

En esa época, recién iniciados en el tango, nos quedábamos en el salón en una mesa muy larga, la mesa de los principiantes. Bailábamos entre nosotros, pero muy de vez en cuando, algún hombre se acercaba a nuestra mesa y sacaba a alguna de las mujeres principiantes. A veces Rulitos se acercaba a nuestra mesa, y sacaba a bailar a alguna prin-

cipiante. Estela, la madre de nuestra profesora, lo miraba fulminante, no le gustaba que sacara a “sus chicas”. Así que el tipo se cuidaba mucho de acercarse.

Pero el tiempo fue pasando. Y el grupo se disolvió. Ese grupo. Vinieron otros grupos de principiantes, a andar el mismo camino. Pero nosotros tomamos vuelo. Despegamos. Y comenzamos a aterrizar en muchas otras milongas. De tanto en tanto, volvíamos al salón original. Esta vez en otras mesas, no la de los principiantes, y allí seguía él. Rulitos. Como siempre, uno lo veía parado frente a la barra, o caminando detrás de las mesas. *En busca de una gatita*, diría Sabina.

Al principio, soy sincera, no nos caía en gracia el personaje. Pero luego. Mirando y mirando, su fiel soledad de salón, siempre sacando a mujeres que están solas, sin molestar a ninguna, y mucho menos a ninguno. Haciéndose notar con su baile rockero en las cortinas, prolongando la tanda hasta que no queda ni un solo compás sin bailar. Sin mesa donde sentarse. Dejando sus cosas en un rincón del salón. Sin compiches milongueros con quienes compartir un gol del partido de esa tarde. Sin un vaso de vino o cerveza en la mano. Al final, de tanto mirarlo y mirarlo, de tanto encontrarlo siempre, decidimos que nos gustaba. Un especie de santo de la milonga, Rulitos. El que salva a las mujeres de volver a casa sin haber bailando ni una tanda.

Eso descubrimos. Así que finalmente, después de diez años, que son mucho más que nada, descubrimos que no sabíamos su nombre. Solo Rulitos. ¿Le preguntamos? Le dije a mi compañero. ¿Le preguntamos cómo se llama? Después

de tantos años, me da un poco de vergüenza, dijo él. Pero, superando el instante, y luego de salir del baño de caballeros, al encontrar a Rulitos apoyado en la barra como siempre, se le acercó y por primera vez le habló. Le dijo sencillamente eso, que ya eran tantos años viéndonos y que no sabíamos cómo se llamaba, por eso le decíamos Rulos. Rulos se sonrió y le dijo, Jorge, me llamo Jorge.

SOMOS TANGO

ni ella
que al cambiarse los zapatos atiende la última llamada de
la oficina donde mañana cierran una operación millonaria
ni aquella otra
que mientras espera para entrar en el salón de las prácti-
cas, corrige apurada el último ejercicio de un alumno de la
secundaria
ni ese otro
que está parado en la puerta de entrada, con medio cuerpo
aún en la vereda, intentando desesperadamente conectarse
al mail con su teléfono para ver si tiene alguna novedad en
su casilla, minutos antes de desconectarse por completo,
ni el taxista que abandona el auto al doblar la esquina
ni la secretaria que trae la ropa de milonga en la cartera (¡no
va a ir de milonguera a la oficina!) y se cambia en el baño
ni siquiera la moza, ni la dueña del local

nadie es quien es, o cree ser, cuando entra en la milonga
porque aquí, pasado este umbral, cuando la música inunda
cada una de tus neuronas,
ya no somos nadie
todos nos llamamos de la misma manera
somos tango

COMO LA VIDA

Soy asidua de una milonga del barrio de Boedo. San Juan y Boedo antiguo. Linda milonga. El lugar es grande, y tiene tres pistas enormes. Me suelo sentar en una mesita con otras tres mujeres que fui conociendo domingo a domingo. Una es viuda. Otra divorciada. La otra, igual que yo, soltera. Pero según ella, con muchos amantes. Qué se yo. Es lo que ella dice. Yo, por mi parte, he vivido sola toda la vida. En algún momento sentí pena por no haber podido formar un hogar, pero escuchando las historias de amigas y conocidas, ya no siento esa pena. Lo que fue, fue. Y ahora estoy aquí. Libre como un pajarito. Sin sufrir por nadie. Sin esperar tampoco a nadie. El que quiere bailar conmigo, me cabecea. Y yo salgo. Hay noches que bailo mucho. Y mal. Hay otras que bailo poco. Y bien. Nunca es igual la noche. Nunca. Y también sucede que cada noche un pequeño drama toma cuerpo en la milonga.

Este fue así. Presten atención.

Era una noche de verano. La pista estaba que explotaba, y en la mesa que estaba justo delante de la nuestra, había una francesa exótica, muy exóticamente ataviada, sentada sola. ¿Por qué sé que era francesa? Bueno, tenía pinta de francesa. Pelo cortado a lo *garçon*. Así se dice, ¿no? Todo canoso. La mujer era muy fea, y parecía tener muchos años. Pero al parecer a los hombres le gustaba pues no paraba de bailar. Pasaba todo el brazo izquierdo por sobre la espalda del hombre, y la cara la volteaba hacia adentro del abrazo. Era imposible no mirarla. Llamaba mucho la atención con sus calzas brillantes y su remera escotada de color roja. Yo la seguía con mis ojos. Bailaba bien la mina. Pero no sé por qué me tentaba tanto mirarla. Quizás era que yo ya intuía el drama.

De pronto, algo me llamó la atención. Ella bailó dos tandas seguidas con el mismo hombre. Ya se sabe, repetir es un privilegio solo permitido a las parejas. Poca gente lo advirtió. Pero yo sí. Porque, como ya digo, no le sacaba los ojos de encima a la francesa, pero además, porque a ese hombre, yo lo conocía. Es decir, no es que supiera su nombre, ni que hubiera estado conversando con él, sino que lo tenía visto. Porque el hombre, de forma muy distinta que ella, también llamaba mucho la atención. Vestía de negro. Era grande. Bailaba con mucha pasión. Yo lo conocía. Lo había visto muchas veces, pero no alcanzaba a darme cuenta dónde lo había visto. Su figura me traía una imagen de él, bailando con una mujer, también de negro. De talle fino. De una elegancia exquisita. Una mujer delicada, que volaba con él yo diría, más que bailaba.

Mientras miraba al hombre bailando con la francesa, fui evocando esa imagen de aquella otra pareja que llamaba la atención por la fuerza y la belleza que irradiaban, aun no siendo, ninguno de los dos, jóvenes. Definitivamente, ese era el hombre. Y en un breve instante, me encontré pensando en su pareja. ¿Dónde estaría ella? Por algún motivo, yo presentía que ella también estaba allí. En algún lado. Sentada.

La música terminó. Vi a la francesa volver a su mesa. Y también vi algo que me llamó la atención. La francesa recogía sus cosas. Pensé. Se está yendo.

Pero entonces, en la otra esquina del salón, vi al hombre que se estaba acomodando en una mesa reservada para las parejas.

Y entonces vi una imagen que se me clavó en la retina, que duró solo un instante. Que quizás nadie registró. Pero yo sí. Allí estaba la mujer que yo estaba buscando, cruzando la pista vacía rumbo a la mesa de él. De negro ella. Elegante ella. Llegó hasta la mesa de él. Lo vi levantarse a él. Asombrado. Mientras que de la otra esquina del salón, la francesa, con todos sus bártulos, iba en la misma dirección a sentarse en la mesita de parejas que el hombre había conseguido. Dos mujeres, desde distintos ángulos del salón, llegaban adonde el hombre estaba sentado.

La mujer de negro no habló. Lo sé. Solo miró al hombre y dio media vuelta y se escapó de la escena. La francesa clavó los frenos unos metros antes del encuentro.

Yo, no sé por qué impulso, mientras comenzaban a sonar los acordes de la siguiente tanda, me abalancé rumbo al baño de mujeres.

Cuando entré, la encontré llorando. Estábamos solas, dos desconocidas. Le ofrecí el consuelo que pude, a cambio de algún dato para mi relato.

La mujer no quiso ofender a su pareja. No pudo decirme nada. Me agradeció mi consuelo. Y se fue.

Cuando volví al salón, ya no estaba la francesa. Ni el hombre vestido de negro. Ni la mujer. Los tres habían desaparecido. Pero nadie se había dado cuenta. La pista seguía completa. La milonga, andando. Como la vida.

VIENEN LAS FRANCESAS, LAS YANQUIS, LAS ITALIANAS

Vienen las francesas, las yanquis, las italianas, las japonesas, las coreanas. Vienen y no entienden nada. Pero se ponen sus mejores galas y se sientan en la milonga a esperar que venga un milonguero a sacarlas a bailar. Ellas no quieren bailar con un francés, con un yanqui, con un italiano, con un japonés ni con un coreano. Para eso se quedarían del otro lado del charco. Ellas buscan milongueros. Tienen que ser porteños. Y milongueros. Ese es el viaje, ese es el turismo. El turismo de tango no es verdadero hasta que no enganchan uno de verdad. Un tipo que lleva el tango en el alma, en la sangre, desde que nació. Que conoce cada verso de cada tango. Que baila la emoción y el sentimiento. Que baila el tango.

Así que vienen las francesas, las yanquis, las italianas, las japonesas, las coreanas, a buscar el abrazo arrabal, a dejarse llevar por lo que jamás entenderán. Y sí. Lo logran.

Los conquistan con sus ropas extravagantes, con sus espaldas desnudas, con su botox o con su juventud. Los conquistan con su primer mundo. Con sus piropos. Qué bien tú bailas. ¿Puedo bailar contigo? Les dicen a los galanes que fuman un cigarrillo, fumando espero, apoyados en la puerta del salón. Y el tipo, el milonguero, el arrabalero que nunca, nunca, salió de su barrio, que no conoce Italia, ni Francia, ni los mismísimos Estados Unidos de nuestra América, ni mucho menos el Japón, ese galán, fruto codiciado de las ricas europeas, yanquis y asiáticas, ese que quizás sueña *esta quién sabe si me salva, y me lleva a recorrer el mundo mostrando mi arte...* ese arrastrado se deja piroppear, y le promete, con una sonrisa de barro y barrio, todos los placeres del mundo, mientras quizás en su casa hay una madre, o hay una esposa, que espera despierta su regreso.

Todo un tango. Doy fe.

ABRAZOS

(crónica en forma de milonga)

Ella va a buscar abrazos
en la milonga porteña
es un domingo cualquiera
cuando ella entra al local
deja su abrigo en la entrada
guarda en su bolso el resguardo
y antes de tocar su mesa
ya está bailándose un vals.

Ella va a buscar abrazos
y este hombre aprieta mucho
pero conoce las reglas
y sabe dejarse llevar
y entre vueltas y empujones
sin apoyarse en el hombre

al final del tercer baile
sus ojos lo ven entrar.

Termina la primera tanda
y ella vuelve a su mesita
y aunque comienza D'Arienzo
ella decide fumar
huyen sus ojos de ojos
que le proponen abrazos
y deja libre su mirada
para aquel a quien vio entrar.

Ella va buscando abrazos
en la milonga porteña
es un domingo cualquiera
cuando él entra en el local
la ve bailando apretada
al cuerpo de un principiante
y deja pasar un tiempo
así nadie piensa mal.

Entonces la ve fumando
e intercepta su mirada
ella apaga el cigarrillo
y lo mira sin dudar
y caminando despacio
hacia el centro de la pista
los dos se encuentran
se abrazan
y comienzan a bailar.

Cuando la música acaba
se separan, qué remedio
intentan hablar de algo
pero no saben qué inventar
las palabras los separan
rompen la magia del tango
y los salva la milonga
que ahora ha vuelto a comenzar.

Y así va pasando la noche
bailando y sin conversar
abrazada ella a su hombre
que es lo que vino a buscar
y cuando el baile termina
en la milonga porteña
ella recoge su bolso,
y vuelve sola a su hogar.

Ella va a buscar abrazos
en la milonga porteña
y cuando acaba la noche
se vuelve sola a su hogar.

Y VOY A CREER QUE ESTÁ BAILANDO...

Esto pasó una noche, de las tantas que suelo pasar en la milonga. Era más o menos el momento en el que un caballero, con quien yo ya había bailado, empezaba a acercarse a mi mesa con la intención de sacarme a bailar. Otra vez. Como yo no quería, obvio, por algún motivo que ya no recuerdo (los motivos pueden ser porque aprieta mucho, o porque aprieta poco, porque es alto, o porque no, porque no me gusta su perfume, o porque está falto de él, en fin, mil motivos y también sus contrarios, esto lo digo para que todos sepamos, hombres y mujeres, que no hay recetas en el tango, no existe eso de... *Sí hacés esto o si hacés lo otro seguro que matás*. No. No hay recetas. Ni perfumes, ni vestidos, ni bellezas naturales ni artificiales. Nada, en el tango, es una receta. Todo lo que sucede, es más o menos algo que difícilmente encuentre una palabra en los idiomas humanos. No sé. Quizás quiero decir que todo lo que

sucede es más o menos proveniente del mundo de los dioses y no de este. O sea. Divino).

Sigo.

Viendo entonces que el galán se me acercaba, con cuidada y artificial distracción me levanté de mi silla, bolso en mano, indicando claramente mi intención de dirigirme al toilette de señoras. Y así hice. Enfilé para el baño.

El baño es un mundo. El de mujeres, digo. Creo que el de hombres es otro mundo. Que desconozco, claro. Aunque recuerdo a aquel hombre, al que llamaban Pipa, que se sentaba a la entrada del baño de caballeros y vendía cigarrillos. Qué lugar más feo, pensaba yo cuando pasaba por ahí, para poner un kiosquito de cigarrillos..., sin embargo él siempre parecía contento. Se ve que vendía. En cambio, el de mujeres... Es, aunque ustedes no me crean, todo un shopping. Ahí podés cambiarte las medias rotas por unas nuevas, o cambiarte el vestidito. La ropa está expuesta en perchas que se cuelgan de la parte de arriba de las puertas de los baños individuales.

Y la vendedora, que a veces, sobre todo en invierno, se la ve sentada tejiendo algún echarpe, es ni más ni menos la misma que corta prolijamente pedacitos de papel higiénico de la misma longitud y te los entrega, en mano, a tu llegada. Ni que hablar de las mujeres que allí se encuentran. Bueno, de eso se trataba esta historia.

Enfilo para el baño. Al entrar veo a dos rubias conversando. Pensando que estaban esperando el turno de entrar me quedo también esperando detrás de ellas. Sin nada que hacer, escucho el diálogo ya empezado.

Es la tercera vez. La tercera vez que me lo hace. Le decía una rubia a la otra. Como con rabia.

¿Y vos qué hiciste?

Nada, qué querés que haga. Si no me atendía el teléfono.

Y después ¿qué? Después, al día siguiente, él me dice que yo soy una exagerada, que no es para tanto. Pero me harta. Me harta. ¿Me entendés?

Y ahí la rubia, la que estaba con el problemita, se me queda mirando. Está libre el baño, me dice, podés ir pasando.

Paso al baño. Trato de escuchar desde adentro, pero no lo consigo. Están cuchicheando ahora. Me pregunto, ¿qué cosa le habrá hecho el tipo por tercera vez? Tengo mucha curiosidad.

Con resignación, salgo del baño sin la historia. Y cuando me estoy lavando las manos escucho a la rubia que dice:

Se va a bailar, deja el teléfono en el auto, y yo no puedo saber qué está pasando. Y me preocupo, pensando que no contesta porque quizás le ha pasado algo.

Sabés lo que te digo, le dice a la otra, el día que se muera, yo voy a pensar que está bailando...

ALLÍ NO HAY NADA

No sé si ustedes lo han notado, pero en los últimos tiempos cada vez hay más premios. Antes, estaba el Nobel. Y el festival de San Sebastián. Y los Martín Fierro. Y poca cosa más. Así que estar allí, digamos que ganar un premio era algo distinguible. No distinguido, sino distinguible. Uno entre miles o muchas decenas de miles. Un actor. Un físico. Un músico. Pero ahora.

Pululan por aquí y por allí. Hay tantos premios que ya no sirven para nada. Quiero decir, ya no distinguen a quienes los reciben sino a quienes no los reciben.

Como, ¿a vos no te dieron ningún premio? Entonces, no debés ser bueno. Te dicen.

Antes, la fama era para muy pocos. Marilyn Monroe. Marcello Mastroianni. Sofía Loren. Einstein. Sabin. Florence Nightingale.

Pero ahora, se ha poblado el mundo de los famosos...
Son más los que están, que los que no están...

Una anécdota de Troilo.

Alguien le dijo una vez, siendo aún joven, después de escucharlo con su orquesta. Usted va a llegar a La Fama. Y Troilo le respondió, yo ya estuve allí, y no hay nada.

LA LECCIÓN DE MARÍA

Sos una hermosa mujer, me dijo María el primer día de mi clase de tango, y vas a bailar muy bien. Hay algo en vos que hace sencilla la tarea del hombre, y eso es exactamente lo que los hombres valoran. Un buen abrazo. Y que la mujer se deje llevar, que sea liviana. Lo demás, es técnica. La vas a ir aprendiendo con el tiempo. Bailando.

¿Bailando? ¿Y cómo hago? ¿Tomo clases varias veces por semana?

Claro que no, sonrío María. Bailando conmigo no vas a llegar muy lejos. Yo te voy a enseñar algunas técnicas. Solo eso.

¿Entonces?

Tenés que ir a la milonga.

¿Sola?

María me mira. ¿Tenés marido? ¿Compañero? ¿Pareja?

No. Ni marido, ni compañero, ni pareja. Estoy sola.

Sonríe María, quizás pensando, otra más.

Te digo algo, dice María. (A cuántas se lo ha dicho ya, será que eso también hay que explicarlo, como el paso básico, uno, dos, tres, cruce, cinco, seis, siete y terminar).

Así que, como formando parte de la clase, María dice cuidate mucho en la milonga. Son tres minutos. Lo que dura un tango. Solo tres minutos de enamoramiento. No hay más. No lo olvides. No te confundas. Nunca.

SALÓN DE LOS MILAGROS

Tengo que contarte algo, le dice a su amiga cuando ella atiende el teléfono. Ni hola, ni buen día, ni cómo estás. Vomita esas palabras, introducción a lo que viene a contarle.

Es que, claro. Es casi el mediodía, y desde que se despertó, cerca de las diez de la mañana, arde en deseos de agarrar el teléfono. Pero sabe que Alicia duerme. Alicia duerme al menos hasta las doce. Eso porque ahora está más vieja. Cuando eran chicas, Alicia podía seguir de largo hasta las seis de la tarde. Estamos hablando de antes, cuando salían a los bailes. Siempre juntas. Amigas de toda una vida. Y tan distintas. Nunca entendió cómo es que Alicia podía saltarse el almuerzo. Ella, cuando el olor del estofado del domingo entraba a su cuarto colándose por las rendijas de la puerta de su habitación, ya saltaba de la cama. Aunque fueran las doce, y se hubiera acostado cuatro horas atrás. Pero la comida... cosa sagrada. Nunca entendió cómo Alicia hacía

para saltársela. Por eso Alicia es flaca. Y ella vive haciendo régimen. A pesar del baile. ¡Y eso que baila! Los domingos, cuatro horas seguidas. En el Salón de los Milagros, la milonga de su barrio. Allí la conocen, de toda la vida, así que no para de bailar en toda la noche. Y aunque no todos los hombres que la invitan le gustan, es decir, como bailan, ella baila igual. Alicia no. Alicia no baila con cualquiera. Y como los hombres ya lo saben, no la sacan a bailar. Por eso es que a veces Alicia no baila en toda la noche. No parece importarle mucho eso a Alicia. Sin embargo, debe ser por eso que muchos domingos no la acompaña. Ella la llama, como a las siete de la tarde.

¿Estás lista?, le dice.

No. Hoy no, Esthercita. Hoy me quedo en casa, estoy agotada.

Entonces ella se va sola a la milonga.

Pero ese domingo, cuando los vieron por primera vez, estaban juntas. Comían una picadita con un vaso de vino cada una, cuando los vieron entrar.

Venían mirando la puerta de entrada al salón, como hacen siempre. Hace tanto tiempo que vienen, que ya conocen a todo el mundo. Y van relojeando la puerta a ver quién se aparece. Y cuando vienen nuevos. Es la gloria. Así que ese día, la puerta se abrió y aparecieron ellos. Primero vieron al hombre. Imposible dejar de mirarlo. Hermoso hombre. Si un hombre guapo entra a la milonga, todas se vuelven a mirarlo. Porque no hay muchos. Es decir, hombres hay muchos. Pero guapos, lo que se dice guapos, no. Y un guapo en la milonga no es como cualquier guapo. Un guapo en la milonga tiene que tener algo de antes, algo de tango, algo

de barrio. Mucha calle. Sobre todo mucha calle. Un hombre sin calle, no baila bien. Eso dice siempre Alicia.

Así que apenas él entró, fue obvio que varias miradas femeninas se posaron en él. Guapo. De aquella manera. Hombre entrado en años, pero guapo. Ojos negros recorriendo el local, mirada de hombre que sabe lo que busca al mirar.

Mirá eso. Dice Esthercita.

Ya miré. Dice Alicia. Pero viene acompañado. Agrega.

Entonces la vieron a ella. Parecía pequeña al lado de él. Tímida. Como si estuviera deslumbrada por el lugar. Qué tontería, una milonga sencilla. De barrio.

Ella entraba con respeto. Él, como si fuera el dueño.

Los siguieron con la mirada hasta la mesa que les indicó la mesera. Vieron cómo ella se deshacía de su abrigo y se ponía los zapatos de baile.

Bailan. Pensaron las dos a coro. No son novatos.

Vieron cómo él encendía un cigarrillo sin dejar de mirar la pista donde ya bailaban muchas parejas.

Está evaluando el nivel de baile de la milonga. Pensaron las dos a coro.

Vieron cómo ella arrimaba su pie al regazo de él para que él le abrochara la cinta del zapato.

Son pareja. Pensaron las dos, nuevamente a coro.

Y luego, por supuesto, los vieron bailar.

Vieron cómo él se levantaba lentamente de la silla, cómo avanzaba hacia el borde de la pista y se quedaba quieto, la mirada fija en la mujer que ya se acercaba. Vieron cómo él la envolvía en un abrazo donde ella se refugiaba. Un instante detenidos los dos sin moverse. Y ellas dos, Esther-

cita y Alicia, detenidas en ellos. Y empezaron a bailar. No es fácil decir por qué mirarlos sobrecogía. No hacían figuras rebuscadas. Quizás lo que sobrecogía era la manera en que esos dos estaban amalgamados, uno con el otro, y como un único ser con la música. Esa pareja bailaba la música. Como si fuera un único cuerpo.

Esa noche ninguna de las dos salió a la pista. Los ojos de ambas estaban detenidos en ellos, así que no miraban a los hombres que desde mesas aledañas cabeceaban para invitarlas a bailar. Más aun, en alguna oportunidad, un caballero se acercó a la mesa para invitar a Esthercita. Sonaba Pugliese. Los primeros acordes. Y Esthercita vio cómo lentamente esos dos se acercaban a la pista.

No puedo bailar, le dijo rápido al caballero, me acabo de dislocar un tobillo. Y giró su mirada hacia la pista para evitar que siguiera el diálogo con el hombre. El hombre se retiró y salió a bailar con otra veterana.

¿Por qué hiciste eso?, preguntó Alicia, sabiendo que su amiga raramente rechazaba a un hombre.

No sé. No puedo quitar mis ojos de ellos, contestó Esthercita. Estoy fascinada.

Yo también, comentó bajito Alicia.

Al llegar las doce de la noche, ella se quitó los zapatos de baile. Él llamó al mozo y pagó. Les pareció escuchar su voz cuando dijo: ¡Mozo! Una voz gruesa, potente, bien de tango. Pero no. Estaba demasiado lejos y con la música, imposible. Se lo estarían inventando. A las doce en punto de la noche, se fueron. Como si afuera los estuviera esperando una carroza. Eran tan majestuosos, o bien, era tal la magia que irradiaban, que, desde ese día, empezaron a llamarlos los príncipes.

Los príncipes no venían todos los domingos. Pero cuando venían, hasta parecía que la milonga toda se convertía en un palacio. Brillaban los brillos de las mujeres. Y ellos brillaban, no porque tuvieran brillos, ya que siempre vestían de negro, sino porque, no sé, simplemente brillaban. Tan de cuento parecían los dos, que se formó un pacto entre todos los de la milonga. Nadie nunca les preguntaría nada. Ni de dónde son. Ni cómo se llaman. Ni si están casados ni si tienen hijos. Esas cosas mundanas de la vida. No, los príncipes siempre serían los príncipes.

Tengo que contarte algo, le dice a su amiga cuando ella atiende el teléfono. Ni hola, ni buen día, ni cómo estás. Vomita esas palabras, introducción a lo que viene a contarle. Anoche los vi. A los príncipes.

¿Adónde fuiste a bailar anoche?, pregunta Alicia.

Anoche, no. No fui a bailar.

Pero entonces, ¿dónde te encontraste a los príncipes?

En la calle, Alicia.

¿Caminado por la calle?

No. Ellos no estaban caminando. No puedo explicarte cómo me quedé con los ojos fijos mirándola, clavados en ella, cuando la vi. Yo estaba por entrar al restaurante donde se despedía a Alberto, que se iba de gira por Suiza. Y en la puerta del restaurante la vi. Ella estaba parada al lado del carrito de los cartoneros. Me quedé atónita. Un instante sin entender lo que estaba viendo. Entonces escuché su voz. Era su voz, la voz del hombre que jamás escuchamos pero que siempre imaginábamos así. Así de fuerte. Así de sonora. Entonces, sin dejar de mirarla a ella, me acerqué hacia él, que estaba cargando cartones sobre el carrito. Cuando

se levantó, y alzó su mirada, yo le dije: yo los conozco a ustedes dos, del Salón de los Milagros. Los domingos. Y él, con su voz sonora y respetuosa, me dijo: Un placer para mí, señora. Y entonces, casi alarga su mano para estrechár-mela, pero luego quizás pensó que estaba sucia, y la retiró despacio, pero yo las vi, vi sus manos, sus manos grandes y rugosas, y mientras yo lo miraba, él no apartaba sus ojos de la oscuridad donde estaba ella, ojos de gato, de gato en la oscuridad, fijos en la mujer que estaba a unos metros de nosotros, la miraba, no dejaba de mirarla, como protegiéndola la miraba, no apartó de ella sus ojos hasta que ella, finalmente, se acercó a nosotros. Entonces, él la abrazó, y mirándome a mí me dijo: ella es mi princesa.

ENCONTRÉ UN LUGAR

Donde si seguís una mirada encontrás los ojos de quien es mirado.

Donde lo importante es caminar, y no llegar a ningún lado.

Donde los teléfonos no suenan, y la gente abraza a la gente.

Donde puede el juez sentarse con quien es juzgado.

Donde todos son amigos, aunque no conozcan sus nombres.

Donde todos son maestros para alguien.

Donde la piel, no el dinero, es lo único que vale.

Donde lo que se tiene, se da. Y por eso no se pierde.

Donde las mujeres pueden vestirse como se les dé la gana.

Donde los hombres pueden aparentar que mandan.

Encontré un lugar. Parece mentira lo que logra el tango.

LA VIUDA

Nos veíamos cada domingo en una milonga del barrio de Berazategui. Nos gustaba terminar el domingo bailando unos tangos. Nosotros llegábamos más o menos a las nueve de la noche, y nos sentábamos en una mesita para parejas bien al borde de la pista. Nos gustaba mirar a la gente bailar. Un ambiente de tango que nada tiene que ver con el ambiente que hoy está de moda. Nunca un extranjero. Nada de jóvenes. En realidad, gente de barrio. Se notaba, solo mirando sus pies, que ni ellos ni ellas habían tomado jamás una clase de tango. Se notaba también, mirando las formas de su baile, que se esforzaban por estar a la altura de este mundo que también en el tango, le da más importancia a la técnica que al sentimiento. Se notaba también, que jamás lo lograrían. Pero, claro está, se los notaba felices.

El primero en reparar en ellos fue mi compañero. Una noche me dijo. Mirá, ese bajito, cuando pasa por delante

de nuestra mesa hace show para que lo veamos. ¿Por qué te hace show a vos?, le pregunté inocente. No sé, me dijo haciéndose el humilde, será que le gusta nuestro baile. Así que, desde esa noche, mi compañero lo seguía con la mirada cuando él pasaba con su pareja por nuestra mesa. Bueno, yo también los miraba, pero entiéndase bien esto que digo, al hombre, en el tango, solo le interesa lucirse frente al hombre. Las mujeres... Bueno, ya se sabe, no cuentan demasiado. Es así, y a mí no me importa. No vamos a intentar destrozarnos las catedrales solo porque son viejas... A veces, cuando el hombrecito hacía un paso rebuscado, mi compañero le hablaba sentado desde nuestra mesa. ¡Bravo maestro! Le decía. Y el tipo chocho.

Un domingo, al llegar a la milonga, encontramos que estaban todas las mesas ocupadas, así que la organizadora nos sentó en la mesa con ellos. Un gusto que estén aquí, dijo el bajito. Y empezó a elogiar nuestro baile. Y mi compañero, a elogiar el suyo. En algún momento de la noche nos preguntaron qué hacíamos, de dónde éramos, y todas esas cosas que poco interesan en la milonga y que pronto se olvidan. Entonces ella contó que tenía una funeraria. Bueno. Cosas que no se olvidan.

A la mujer de la funeraria no la volvimos a ver por mucho tiempo. A él sí. Algún tiempo después lo encontramos solo en una milonga, y le preguntamos por ella. Nos separamos, contestó.

Cuando uno cree que las historias están terminadas, pasa algo más. Sorpresa. Ayer los volvimos a encontrar, a los dos, en otra milonga. Yo los vi primero. Che, la mujer de la funeraria, le digo a mi compañero. Con su marido.

Ella nos vio casi enseguida y se levantó presta a saludarnos. Lucía un vestido turquesa y unos zapatos de brillantes. Detrás, venía el bajito. ¿Cómo están? Saludó efusivo mi compañero. Más o menos, contestó la mujer de la funeraria. Me pasaron muchas cosas. Enviudé, y ahora estoy sola a cargo de la funeraria, continuó diciendo, mientras el bajito le daba un apretón de manos a mi compañero, y yo, terminaba de atar todos los cabos sueltos.

Nada. Historias de milonga.

UNA DE DOS

De día calza su jean con un suéter de cuello alto. Negro. Sale de su casa temprano, en su espalda una mochila, no hay cartera. Estudia Letras, después de trabajar sus seis horas en el estudio contable, se va para Puan. En los pies, un par de borceguíes, ahora los llaman borcegos, poco tolerados por el señor contador, pero qué se le va a hacer, la chica tiene carácter, es eficiente, no va a estar molestándola todo el día por los jeans y los borcegos, y además, pasa otra cosa, es muy bella.

En Puan elige a Borges. Y de todos los posibles estilos, o ramas del universal saber, se queda con los ingleses. Lo moderno no es su estilo, a esta chica del interior del país le gusta lo que sí tiene estilo, ese toque de perfección que ya no existe en la literatura de hoy, en los apurados por editar, los que buscan el Planeta o el Alfaguara, los que tienen que estar en primera línea de las mesas de los librerías, esos no.

Y de paso, mencionarlo, tampoco le gustan las librerías, sí, en cambio, los libreros.

Respecto al amor, probablemente oculta alguno. Pero mejor no se te ocurra preguntarle, si sos alguno de los que andan tras sus pasos, al salir de Puan. De todas maneras, ella te dirá que no.

El portero de su casa la ve entrar casi de noche, con sus jeans, su suéter de cuello alto negro y sus borcegos. Más o menos a las doce de la noche, el hombre sabe que ella vuelve a salir de la casa. No es su turno ya, pero se lo dijo el sereno de la casa de enfrente. Tardaron poco en ponerse de acuerdo, el sereno y él. No parecía la misma muchacha. Pero bella, sí, de acuerdo los dos que la chica es bella. Pero no lleva borcegos. Imposible, dice el portero. No es la misma. La chica de mi casa no tiene otra cosa que borcegos. Pero el hombre de enfrente insiste tanto que al final deciden esperarla juntos en la casa de enfrente. Más o menos once y media el portero se aparece en la puerta de su amigo el sereno. Y ella, ¿no te dije que era ella?, abre la puerta del edificio exactamente a las doce en punto. La ven los dos alejarse por la calle, caminando erguida sobre un par de zapatos taco aguja que le calculan ambos que la elevan diez centímetros del piso. Lleva una falda muy corta y sus piernas lucen lo que ocultan sus jeans por la mañana. El sereno, que es más vivo, es el primero en hablar. Te lo dije, repite. Esa chica, una de dos, o es puta o... ¿o qué? Responde el portero muy preocupado, o se va a bailar el tango en la milonga de la esquina, completa el sereno ante la mirada aliviada del portero.

Eso. Historias de milongueras. Te la debía, amiga.

ESCENA MILONGUERA

(Los sábados a la noche. Después de la clase de tango, todos nos vamos a comer una pizza al bar de la esquina. Luego, cuando la milonga ya está comenzada, volvemos a nuestra mesa de principiantes).

Hoy me toca sentarme en la mesa enfrentada a Carlos, que, ya sabemos, es el novio de Susana. A mi derecha, una mujer, que alguna vez vi, pero con la que nunca conversé. Se llama Vanesa. Es menudita. De cabello negro y rizado. Podría tener unos cuarenta años.

Mientras vamos caminando hacia la pizzería, mi hermana me dice, esa mujer ¿no es la que queríamos presentarle al hermano de Susana? Yo, que la tengo lejos de mi vista, trato de reparar en el aspecto de ella. ¿Queríamos? Pienso. Yo no recuerdo haberle buscado mujeres al hermano de Susana. Pienso. Pero no digo. Mientras la sigo

buscando con la mirada, hasta que casualmente, al llegar al restaurante, quedo sentada a su lado.

Enfrente de Vanesa, otra mujer, Natalia. Más joven. Me gusta esa chica. Me cae bien. Ella siempre me mira con simpatía. Pero fuera de conversar algunas cosas del tango, actividad común que nos convoca en ese sitio cada sábado, nunca hemos hablado. No sé qué hace, ni a qué se dedica. Pero tiene una mirada linda. Me gusta esa chica.

Así dispuestas las tres, con Carlos como único hombre enfrentado a mí, comienza la cena.

La conversación fluye. Descubro dos cosas interesantes. Una. Natalia es como la imaginaba. Y sigue cayéndome muy bien. Habla poco pero transmite mucha conexión. Me explica que es pintora, y da clases en una academia de arte. La otra. Vanesa, habla demasiado. La escucho y, a pesar de que no se lo pregunto, imagino que es soltera. Me pregunto si será porque habla mucho. Y los hombres no soportan a las mujeres que hablan mucho. Porque los hombres, en general, salvo muchas excepciones, hablan poco. Como el hermano de Susana, que es excepción porque habla mucho. Mucho con mucho, quizás sea demasiado. No. Definitivamente. No creo que Vanesa sea para el hermano de Susana. Pero además. ¿Qué me importa?

De pronto, nos damos cuenta (creo que soy yo la que hago el comentario) que Carlos no ha abierto la boca en toda la cena.

Estamos hablando de la postura que tenemos que tener las mujeres para no sufrir de dolores en la cintura al bailar el tango. Apretando las costillas hacia adentro. Apretando la barriga para proteger la columna.

Es un lío, digo yo. Si pienso en la columna, me desconcentro, y dejo de sentir la música. Es algo así como que si pienso en mí, dejo de pensar en el hombre que está bailando conmigo, y si no estoy concentrada en el hombre, seguro que no hago lo que él quiere que haga.

Yo estoy tan acostumbrada a los silencios de Carlos que, aunque lo tengo enfrente, no lo registro hasta ese momento.

Y vos, Carlos, ¿cuáles son tus problemas de postura al bailar? Pregunto.

Carlos está por empezar a hablar (le toma su tiempo empezar, como cuando baila... te tiene un rato largo, varios compases, quieta en el lugar, y de repente... zas, se lanza) cuando Vanesa dice, claro, es verdad, nunca escuchamos a los hombres, ¿cuáles son tus problemas Carlos?, seguro que... Y sigue. Sigue Vanesa. Y yo pienso. No. Definitivamente no. No para el hermano de Susana. Pero, ¿qué me importa?

Finalmente, al llegar a la milonga, se desarma el orden de la mesa del restaurante y yo quedo, afortunadamente, sentada bastante lejos de Vanesa. Como el aire acondicionado, recién instalado en el salón, está orientado hacia nuestra mesa, tirando con toda su furia ese viento helado, demasiado helado para el fin del verano, yo saco de mi bolso la chalina roja y me la pongo sobre los hombros. Desde la esquina de la mesa, Natalia se levanta y llega hasta mí. Ese rojo, es espectacular, me dice. Es un rojo con mucha fuerza. Me gusta. Dice. Mientras dice eso, la imagino entre pinceles, buscando mi rojo. El rojo de la chalina de una de las mujeres que va a tango. Igual que yo. Que escribo sobre ella. Ella pinta sobre mí.

ESTAMBUL

Estambul es una de las ciudades más bellas e impactantes que he visto. Solo mirando el Bósforo, que separa a la ciudad en dos partes, con su tránsito constante de barcos que van desde un mar a otro (desde el Mar Negro hasta el de Mármara), podés quedarte hipnotizada todo el día. Y a la noche, qué maravilla mirar ese estrecho iluminado por las luces de los enormes transatlánticos, o de los barcos de cargas, que no paran de pasar porque el estrecho es, dicen, uno de los sitios con más densidad de tránsito del mundo. Y las luces de Asia, si estás en Europa, y las de Europa, si estás en Asia, y el puente que une los dos continentes, con luces violetas, y rosas y blancas, cambiando al son de músicas que se escuchan siempre desde lejos, y desde todos lados.

Y luego. El Gran Bazar. Con sus lámparas y alfombras, y cerámicas, y frutos secos, y almendras, y el café que te

sirven en cada lugar donde entrás, y las especias que todo lo impregnan, y los corazones de alcauciles del tamaño de un plato, y esas comidas, llenas de color que te sirven en hermosos recipientes y siempre con una sonrisa, porque saben que te están dando lo mejor.

Y los derviches, que giran y giran al son de una música hipnótica, y nunca dejan de girar, como los trompos.

Y los baños turcos. Dios. No existe algo igual en el mundo.

Y la historia... De Bizancio a Estambul, pasando por Constantinopla. Cuando aún nosotros no éramos ni piedrita, allí había imperios, deslumbrantes imperios. Griegos, romanos y turcos pasándose de siglo en siglo, de mano en mano, esos lugares. De guerra en guerra. De paz en paz.

Nos contaron que en Estambul entró el tango allá por 1920. Surgió con una fuerza propia lo que llamaron el “tango turco”, en el que músicos y cantantes locales recreaban, en idioma turco, la música arrabalera del Río de la Plata. Hubo una mujer, Seyyan Oskay, la gran dama del tango turco, y un cantor, Ibrahim Özgür, que dieron lugar a una escuela de cantantes y letristas turcos. El tango había arraigado en el alma del melancólico público turco.

Hoy, se baila el tango en las milongas. Hay muchas. Nos invitaron a visitar una. Allí fuimos la última noche que estuvimos en Estambul. La milonga se realizaba en el último piso de un lujoso hotel céntrico. Subías al piso dieciocho (no recuerdo bien, era muy alto) y cuando las puertas del ascensor se abrían, estabas en el medio de la milonga. Había un balcón enorme donde los milongueros y milongueras salían a fumar y nosotras a disfrutar, una última vez, del increíble espectáculo del Bósforo iluminado.

Bailamos con algunos extranjeros, que, como nosotras, estaban allí de paso. También con otros extranjeros, franceses e italianos, que estaban radicados en la bella ciudad. Pero lo mejor de todo, fue bailar con Mustafá. Él era un principiante en el tango, pero había aprendido un poco de español. Tan entretenido, tan hospitalario, estimado amigo milonguero Mustafá. La música de Buenos Aires amalgamando gente tan diferente...

Cuando nos íbamos del lugar, nos quedamos un rato esperando que llegara el ascensor. Subimos con una mujer que también se retiraba de la milonga. Al cerrarse las puertas del ascensor, la mujer abrió el bolso, sacó su pañuelo y se lo puso alrededor de la cabeza. Era un hiyab. Cuando terminó de arreglarse, sin mirarse al espejo del ascensor, ya habíamos llegado abajo. Nos dedicó una sonrisa, y se perdió en el mar de gentes de esa ciudad milenaria y atrapante.

Si algo más tiene de hermoso Estambul, está en lo diferente. A veces me pregunto si acaso alguna vez el Hombre podrá ver la belleza en lo diferente.

NI YERBA DE AYER

Quando no tengas ni fe
Ni yerba de ayer secándose al sol

Yo escuchaba *Yira Yira* en la cocina de mi casa.

Era chica, y pasaba mucho rato en la cocina, con Angélica.

Angélica trabajaba en casa, ella hacía los quehaceres domésticos, planchaba, cocinaba, hacía las camas. Todo eso. También tenía una pequeña habitación al lado de la cocina y tenía una radio.

A la tarde yo me instalaba en la cocina y la miraba planchar, mientras ella tarareaba su canción preferida.

Angélica, cuando te nombro

Me vuelve a la memoria

Un valle, pálida luna en la noche de abril

Y aquel pueblito de Córdoba

A veces, ella ponía la radio. Así yo empecé a escuchar tango. En la radio de Angélica.

Después vino la dictadura. Yo ya era más grande. Y me metieron en la cárcel por pensar distinto. En la cárcel aprendí a tomar mate con las compañeras. Pero a veces, nos quedábamos sin yerba. Entonces vaciábamos los mates y dejábamos secar la yerba al sol, para el día siguiente.

Ni yerba de ayer, secándose al sol

¡Qué cosas ha de pasar uno en la vida para entender el verso de un tango!

MENTIRA SOCIAL

Salís a la pista con un caballero, y si le gusta como bailás, entre tango y tango te indaga. Cómo te llamás, es lo primero. Luego, si venís siempre, y hace cuánto que bailás. Esas son para empezar. En las tandas siguientes puede incluso preguntarte de qué barrio de Buenos Aires sos. Pero ya te digo, podés contestar cualquier cosa si querés. Y no, no se trata de mentir. Solo se trata de una pequeña mentira social.

Una vez, un tipo sacó a bailar a mi hermana. Porteña, más que porteña. Del barrio de Recoleta. Pero el tipo se imaginó que ella era extranjera. No sé por qué se le metió en la cabeza, y empezó a hablarle en inglés. Las mismas preguntas, pero en inglés. Mi hermana respondía en inglés también. Hasta que llegó la última de la tanda, y con ella, la última pregunta. *Where are you from?*, preguntó el milonguero. Mi hermana le respondió triunfante, soy porteña, completamente porteña, y dejó al tipo parado en la pista,

perplejo y mirando a mi sonriente hermana que se iba alejando. ¿Por qué no me lo dijiste antes?, atinó a preguntarle el derrotado caballero. Porque no me lo preguntaste, respondió ella. Mentira social, inocente mentira.

Una amiga de una amiga de mi hermana era cirujana. Le gustaba ir a bailar a la milonga de la glorieta, sobre todo después de operar. En la glorieta todos la conocían como Betty, la peluquera. Je, Je. La peluquera. Mentira social.

Después están los tipos. Esos sí que mienten. Por ejemplo, uno que me tocó una vez. Me dijo que se llamaba Juan Guerra, que tenía cincuenta, y que era director de cine. Un día salimos a bailar y me pidió dejar en mi bolso su billetera y los cigarrillos, que le molestaban para bailar. No hay problema le dije. Y nos olvidamos los dos. Yo me fui a mi casa con su billetera en mi bolso. No sé cómo hizo el hombre, pero consiguió mi teléfono. Quedamos en encontrarnos para que yo le devolviera sus cosas. Esa noche, (¿cómo no hacerlo?) curioseé dentro de su billetera. Y vi su documento. Ni Juan Guerra, ni mucho menos cincuenta. Lo de director de cine, ya era lo de menos, pero imposible creerle. Era un paquete completo de mentiras para quedar bien con una mina. Total, ¿cómo iba yo a enterarme? Pero qué mala suerte el tipo, ¿no? Aunque la verdad, después lo descubrí, tampoco le importaba a él. Nos seguimos viendo mucho tiempo más en las milongas, y nunca le cambié su nombre.

La expresión mentira social me la regaló el susodicho, Juan Guerra. Cuando le devolví la billetera y le pregunté por qué mentía, me respondió, no es una gran mentira, una verdadera gran mentira, es solo una pequeña mentira social.

La última. Un hombre milonguea siempre con una mujer. Son, lo que se da en llamar en la milonga, pareja de baile. Me lo cuenta ella una noche. Cuando él quiere irse solo a bailar, no se lo anuncia antes, sino después del hecho. Y siempre es el mismo verso. *Se me cortó la luz anoche, así que, qué querías que hiciera. Me fui a bailar.* Y vos qué hacés, le pregunto a la mujer. Ahora, nada. Antes me amargaba porque me mentía. Yo me río, y le regalo el remedio. No, no es una mentira grande. Es una pequeña mentira social.

PERFUME DE MUJER

Inolvidable Al Pacino. La escena del tango, ¿recuerdan? ¡Y esa muchacha! ¡Y esa orquesta! ¡Y esa música! *Por una cabeza*, el tango que Nacho le pidió a la orquesta de Venecia que tocara para que nosotros bailáramos. Bueno, esa historia ya la conté. O la voy a contar. Pero esta es otra historia.

Antes de empezar, para los que jamás vieron la película, tienen que saber que, en un hermoso salón de baile de la ciudad de Nueva York, el teniente coronel retirado Frank Slade (Al Pacino), ciego, saca a bailar a la hermosa Donna que está esperando a su novio en ese salón, pero que cede al encanto de Al Pacino que la invita a bailar. Antes de salir del brazo con Donna a la pista de baile, Frank le pide a Charlie (su guía en este viaje... por favor, ¡vean la película!) las coordenadas del salón, y él le explica que el salón tiene tales y cuales dimensiones y que la orquesta, que ya

comienza a tocar los primeros acordes de *Por una cabeza*, está a su izquierda.

Hasta aquí la escena. Ahora nuestra versión local.

Era la época de nuestras primeras clases de tango en el hermoso Salón Canning. Nos sentábamos, después de la clase, en una muy larga mesa de principiantes, ubicada en uno de los costados del salón. La milonga comenzaba bastante tarde, y el salón estaba aún vacío cuando una noche vimos entrar a este señor. Alguien lo acompañó y lo ubicó en una mesa pequeña, mesa de pista (se les dice así a las primeras filas de mesas que limitan la pista). Lo vimos acomodarse lentamente desde el extremo opuesto donde se encontraba nuestra mesa. Puso a un costado su bastón de ciego, se quitó el abrigo, sacó una especie de carpeta y se sentó. La carpeta era un cartón que colocó en la mesa con una inscripción que decía lo siguiente: Soy ciego, por favor señoritas, pídanme para bailar. ¡Uau! Qué impactante.

Nosotras éramos todas principiantes, así que, ¿cómo atreverse? Pero siempre hay una chica audaz, desinteresada y llena de buenas intenciones capaz de tomar la iniciativa, además... ¿quién lo sabría? ¿Mirá si se trataba de un Al Pacino? Y Donna, ¿no era acaso ella también una principiante? Así que, imaginando el mejor escenario posible, ella, sabiéndose, además, dueña de un gesto solidario y entrañable, se dirigió hacia la mesa del Al Pacino local, atravesando en diagonal toda la pista, en ese momento vacía, pues aún sonaban los acordes de la cortina que separa las tandas. Atravesó la pista, llegó hasta la mesa del caballero ciego y, con su mejor voz, le dijo: ¿Señor, quiere bailar conmigo? *Shall we try?* (¿probamos?), dijo Al Pacino.

Shall we try? (¿probamos?), insistió nuevamente Frank ofreciéndole caballerosamente su brazo. Y ella, Donna, turbada e indecisa, tomó su brazo. Señor, ¿quiere usted bailar conmigo? Repitió mi buena amiga, esta vez con más ahínco. Y el caballero ciego, dijo: No, gracias. Eso dijo. Ella se quedó detenida frente a la mesa, frente al cartel, frente al ciego. Y vio como se desvanecía rápidamente su sueño de ser Donna y de bailar con Al Pacino bajo la mirada admirada de millones, millones, millones de espectadores...

Nada. La vida a veces es como en el cine. Otras veces, no.

SEPARACIÓN DE BIENES

Se conocieron bailando en una de las milongas de la ciudad.

Aquí quiero quedarme, en este abrazo, dijo alguien que ella dijo la primera vez que sucedió.

Comenzaron a verse.

Se desvistieron, pero no solo de ropas.

A veces se peleaban. Eso contó un amigo de él. Pero enseguida volvían.

Hasta que ya se hizo complicado. Eso dicen. No tengo más detalles.

Entonces hubo que hacer separación de bienes.

Pero ellos no tenían nada en común. Salvo, la milonga.

Hace rato, mucho rato, que no se la ve a ella por la milonga. Él sí, él viene. Le quedó la milonga en la separación de bienes.

LA MESA DE LAS GALANAS

La primera en llegar es siempre Zulma. Viene acompañada por Julio, es decir, entran juntos al salón, pero al llegar a la mesa se separan. Ella, en la Mesa de las Galanas. Él, en la mesa de al lado.

Cuando ellos llegan, nosotros ya estamos con la picadita y el vaso de vino, pero la pista aún se ve bastante vacía, así que los vemos llegar y acomodarse. Con el tiempo, hemos empezado a saludarnos. Esas cosas de la milonga. Incluso antes de saber sus nombres. Algunas veces ellos bailan juntos y, al pasar por nuestra mesa en la ronda del tango, se detienen para conversar unos pocos minutos, lo que dura una cortina, pocas palabras o las suficientes para saber que les caemos bien. Es mutuo, claro. Pero ellos no son como nosotros, que nos sentamos juntos y bailamos juntos toda la noche. Ellos se sientan separados. Él en una mesa, y ella, en la Mesa de las Galanas.

Al cabo de unos tangos, cuando mirás otra vez, la Mesa de las Galanas ya está completa. Acaban de llegar Luz y María, y están cambiándose los zapatos. También Juana, la Lunga, que ya está bailando. Y a la que llamamos La Fea. Porque es fea.

Vamos a ver, no sé cómo es la cosa, pero esas cinco (a veces les sientan alguna extranjera y son seis) no paran de bailar la noche entera. Cuando viene la cortina entre tanda y tanda y cada uno corre a su asiento, yo las veo cómo se ríen, comentan, se abrazan, a veces incluso cantan. Debe ser por eso que bailan. Desparramo de alegría. Como si la vida, que ya se sabe cómo daña cuando pasa, no las hubiera rozado. Solo dije, como si. Desparramo de alegría, de chismes, probablemente subidos de tono algunos. En la mesa de al lado, los hombres las miran. Tratan de escuchar algo. Seguro que algo logran.

Ay, qué mujer no quisiera sentarse en la Mesa de las Galanas. Respirar su alegría, contagiarse de su locura inofensiva, sugerente, persuasiva. Estar allí, con ellas, y bailar, porque al fin y al cabo es eso lo que cuenta, bailar la noche entera.

Cuando promedia la noche, como cada noche, se hace el sorteo del champagne, seguido de algunos anuncios de eventos próximos y de agradecimientos y aplausos a los personajes ilustres e importantes que hoy honran con su presencia esta milonga. No, claro que no son políticos los susodichos personajes, vade retro satanáas, este es el mundo de los bailarines, profesores, organizadores de milongas, musicalizadores, bandoneonistas, y todas esas yerbas. La organizadora coloca su cesta con números sobre la Mesa de las Galanas, y una de ellas mete su mano dentro de la cesta para seleccionar el número que esta noche será agraciado. Aplausos, risas, festejos. Cuando termina el sorteo, vuelven todas a la pista.

Mi homenaje a ellas, en esta crónica. Según parece, mujeres, la palabra galanes, solo se aplica a los hombres. No hay Galanas. Pero debiera haber. Porque ellas están allí, en la Mesa. En la Mesa de las Galanas.

HOMBRES GRATIS

Hay más mujeres que hombres. En el mundo y en las milongas.

El problema en el mundo no es tan grave. O, en todo caso, es otro problema. Parece ser que la raza humana genera más varones que mujeres, pero bueno, la vida de esos hombres y mujeres hace que la proporción se dé vuelta (entre otras pequeñas cosas, guerras, migraciones masivas, estrés que afecta al hombre más que a la mujer, etcétera, etcétera), y ¡zas! hay más mujeres que hombres en el mundo. Nada muy desproporcionado, claro está. No sé de dónde salió eso de que somos siete mujeres por hombre. Habrá sido de la fantasía de poder masculino. Pero no. No es así.

De todas formas, el tema de la desproporción en la milonga se debe a otras causas. El punto es, a mi buen parecer, que en las últimas décadas la mujer ha optado por separarse, divorciarse, no casarse, y cualquier otra alternativa que la libera del hombre dentro del hogar. A cierta edad, muchas mujeres solas comienzan a tomar clases de tango, y cuando descubren el maravilloso mundo de la noche que esconden estos

lugares, ya no quieren irse más de la milonga. Ese hombre, el mismo que ellas han dejado o no han elegido, busca una nueva mujer. Y fácil, seguro que la encuentra. O sea, quedan más mujeres solas que hombres solos.

Como sea, llegamos al punto que en la milonga hay más mujeres solas que hombres solos.

Además, cuando un hombre va solo a una milonga, baila. Cuando una mujer va sola a una milonga, puede ser que no baile, en toda la noche. Me ha pasado ver la pista llena de parejas bailando y, en las mesas, todas son mujeres. Eso es también porque el hombre es el que mantiene la iniciativa de la invitación al baile. Desigual, ¿verdad? Y también un poco injusto. Porque la mujer no puede elegir. Bueno, en realidad, puede mirar de alguna forma sugerente, dando a entender su intención de querer bailar con un hombre, pero si el hombre no te saca, fuiste. Por otro lado, la mujer debe aceptar invitaciones al baile de hombres que probablemente no le guste como bailan. Por supuesto, también tiene formas de conseguir no volver a aceptar la invitación. Pero es enredado. Yo espero que esto no suceda así con las nuevas generaciones, que rompan estas reglas tan pero tan antiguas y conservadoras y machistas. Pero bueno, en esta estamos.

Para evitar esta desproporción, o bien mitigar un poco el número de mujeres que pasan la noche sentadas en una silla sin bailar, en muchas milongas, los organizadores “becan” a algunos hombres por noche, dejándolos pasar sin pagar la entrada. Para que eso ocurra, el tipo tiene que ser un buen milonguero, es decir, asiduo, respetuoso de los códigos, y obviamente usar ese derecho siempre que no vaya acompañado.

Así que ya lo saben hombres. Si saben bailar, entran gratis.

PLAZA SAN MARCOS

Venecia. Una fría tarde de otoño nos encuentra recorriendo una Venecia solitaria. Mejor, dice mi primo. No saben lo que es Venecia en primavera. Mi primo sabe. Vive allí. Yo solo salgo de noche, dice, no soporto la gente. Pero, a la noche, vuelve la magia del lugar, dice mientras nos guía con paso decidido a una iglesia donde hay un concierto de música barroca. Disfrutamos el concierto con poca gente y, al salir, ya oscureciendo aunque aún es temprano, nos dirigimos a tomar el té a la Plaza San Marcos.

Aquí, dice Rolando, deteniéndose en un hermoso y famoso café, el café Florian, con mesitas de mármol, con exquisitas pinturas en sus paredes y con una orquesta afuera, que por el momento no está interpretando nada. Decidimos sentarnos adentro, porque hace frío. Pedimos un té. Nos traen un té con una vajilla maravillosa y unas cosas riquísimas para comer. Todo es perfecto. Estamos

sentados en una mesa al lado del enorme ventanal del café mientras va cayendo la noche. Un grupo de turistas japoneses, sentado en una mesa cercana, nos sonrío y con señas nos pide que le saquemos fotos. Les sacamos fotos. Nos sacan fotos.

Desde lejos, suena una orquesta. Están tocando *Por una cabeza*, me dice Nacho. Alcanzo a identificar algunos de sus acordes lejanos. Todos los bares tienen su orquesta afuera, cuando tocan todos juntos, dice Rolando, si te quedás en el medio de la plaza, las músicas desincronizadas se mezclan con el barullo de la gente. No saben lo que es eso, protesta Rolando, en el mismo momento en que nuestra orquesta comienza a interpretar Vivaldi para los pocos oídos presentes, es decir, los japoneses y nosotros. Nacho se levanta diciendo: Les voy a pedir que toquen *Por una cabeza*. Le digo o intento decirle, no recuerdo, que no es necesario, que ya es perfecto todo. Pero él ya no está al lado mío para escucharme. Cuando vuelve le pregunto: ¿Cómo te fue? Bien, responde. Me dijeron que en un ratito la tocan. Cómo les dijiste, pregunto, curiosa sobre el italiano de Nacho. Les dije, contesta: Maestro per favore, ¿si lei podreva toccare pero una testa?

Me hace reír Nacho. Nada de este mundo lo cohibe cuando se trata del tango. Ni el italiano ni el director de orquesta ni el Florian ni mucho menos los japoneses.

Entonces, al cabo de un rato, sentimos los acordes de nuestra orquesta. Vamos a bailar, vení, me dice Nacho y me arrastra con tapado y todo afuera.

Y bailamos. Ay, sí. Bailamos.

Bajo las columnas de la Plaza San Marcos.

Con zapatillas y el tapado cayéndose sobre mis hombros,
bailamos el tango más maravilloso del mundo.

Con los japoneses que salieron a sacarnos fotos y
Rolando, nuestro primo, que abrió la ventana del Florian
de par en par, y desde allí, nos empezó a filmar.

Bajo las estrellas del cielo de Venecia.

¿Alguna vez tuviste un sueño? Le pregunté a Nacho,
cuando volvíamos al hotel. Y sin dejarlo contestar, le dije,
pues, se te acaba de cumplir.

PARÍS

En alas vine de una quimera,
soy francesita, soy de París.
Con mi silueta nerviosa y fina,
con mis brillantes y mi toilette
me ven las chicas de la Argentina
y de mí dicen... yo no sé qué.

Francesita.

Música: Enrique Delfino.

Letra: Alberto Vaccarezza

París llegó un viernes de primavera. Y encontró una Buenos Aires lluviosa. Llovía en su alma, llovía en las calles. Quién sabe de qué mala historia no quiso contarme que salía huyendo.

París entró al Salón Canning un viernes lluvioso de primavera. No entendía una sola palabra del idioma castellano. La gente tampoco sabía su lengua. Se sentía perdida. Y sola. Como la francesita del tango. El domingo, aún no había salido el sol. Quería volver a París. Pero faltaban dos semanas y media para el pasaje de vuelta.

Ese domingo, en ese mismo salón, París conoció a Buenos Aires. Él se acercó con su sonrisa y la llevó a la pista de baile. Ese abrazo fue mejor que cualquier acuerdo en las Naciones Unidas. Sin intérpretes, es más, sin palabras. Entonces, para París salió el sol, porque Buenos Aires se lo dio.

LOS COSOS DE AL LAO

Los de al lado, los cosos de al lao, como dice el tango,¹ hace un tiempo que no vienen. Yo no quiero preguntar por no parecer chismosa, pero ya nos está preocupando. Eran habitués ¿sabe? Como nosotros. Ocupaban la mesita contigua a la nuestra. Al principio nada, no nos saludábamos. Pero de tanto vernos, empezamos a saludarnos cada semana con un lejano cabeceo. Pasado el tiempo, ya estábamos como chanchos. En el saludo, entiéndase bien. Cuando ellos llegaban, siempre después que nosotros, nosotros ya andábamos por la picadita, así que nos levantábamos de la silla, y ya le digo, a los abrazos. Y me da vergüenza decirlo, pero la verdad es que si ahora me pregunta sus nombres, no me los acuerdo. No es que no nos hayamos dicho nuestros nombres, solo que hoy no me los acuerdo.

1. Letra y Música, José Canet y Marcos Larrosa

Ellos, los cosos de al lao, eran tres al principio. El matrimonio y un amigo. Que eran matrimonio nos lo dijeron una vez que los encontramos en las escaleras. Nos dijeron que ese día cumplían cincuenta y dos de casados. ¿Y no festejan?, pregunté yo, muy estúpida. Claro, me dijo ella. A eso venimos. Qué mejor lugar para festejar que aquí, bailando en la milonga. Mientras estamos aquí, estamos vivos, me dijo. Ella lo dijo, porque él casi no hablaba. Esa noche, nos invitaron champagne.

El que primero empezó a fallar es el amigo. Dejó de venir un día. Y mire que los escuchábamos reír como locos desde nuestra mesa. Yo siempre le decía a mi compañero, mirá cómo se divierten. Pero bueno. Un día no vino más. Y quedaron ellos dos. Gente de edad, como le dije. Pero se bailaban todo. Un día yo me la encontré en el baño a ella y, con la confianza que da esa intimidad, me contó que se había casado muy joven, y que luego, del trabajo a la casa, en la casa los hijos, y así fue pasando la vida sin que ella supiera que existía la noche en la ciudad. Te das cuenta, me decía, mientras se pasaba el cepillo por sus cabellos frente al espejo, yo pensaba que a la noche no había que salir, porque era peligroso. Y mirame aquí, ahora. Mi vida, mi verdadera vida, comienza a la noche.

Una vez, recuerdo, nos encontramos al amigo en otra milonga. Pero el tipo se hizo el distraído y nosotros también. Vaya a saber uno, ¿no? La cuestión es que, le iba diciendo, el tipo dejó de venir a la milonga con sus amigos.

Y el otro día, no sé, le digo a mi compañero, ¿te diste cuenta que hace un tiempo no los vemos a los de al lao? Él miró al costado. La mesa estaba ocupada por dos tipas y

un grandote. Parecían extranjeros los tres. Es verdad. Me dijo. ¿Qué les andará pasando? Así que yo, no sé, no quiero preguntar por no parecer chismosa, pero creo que en cualquier momento encaro para adelante y le pregunto a la chica que vende las entradas, ella tiene que saber, seguro que sabe por qué no vienen los cosos de al lao.

UN TROPEZÓN (CUALQUIERA DA EN LA VIDA)

Las milongas se hacen en salones que tienen piso de madera o de baldosa. Por supuesto que es más linda la madera, pero no siempre es mejor que la baldosa. Eso depende de cómo esté cuidada. Nosotros hemos ido a bailar a lugares que se te hundía el taco en los agujeros de la madera. Era mejor bailar descalza.

Cuando el piso es de baldosa, los días de humedad se resbala poco y eso no es bueno para el tango. No es bueno porque, en el tango, la caminata se hace resbalando sobre el piso. No se levantan nunca los pies del piso, estos deben ir como acariciando el piso. Entonces, si la baldosa está húmeda, te quedás clavado. Tanto el hombre como la mujer. Para evitarlo, los organizadores ponen talco en algunas esquinas, y los milongueros pisan con sus zapatos en el talco antes de salir a bailar. Si, en cambio, la baldosa está muy encerada y no hay humedad, el piso está muy resba-

ladizo y hay riesgo hasta de caerse, y entonces se ponen trapos de piso mojados en las esquinas para que uno al pisarlos humedezca sus suelas, y resbalen menos. Quizás algún lector ha visto alguna pareja que antes de salir a la pista a hacer un show, echa un poco de agua al suelo, y pasa sus zapatos por arriba.

Te pueden pasar muchas cosas en la pista. Que te pise tu compañero, o que lo pises vos a él. Que te pisen los de al lado, la mujer o el hombre. Siempre es peor cuando es la mujer, porque el taco es un elemento peligroso que puede hacer bastante daño. Yo he visto volver con sangre a una mujer por el taco de otra milonguera. Hay que saber que la función del hombre, además de diseñar el baile, es proteger a la compañera. La compañera va hacia donde el hombre la lleva, y además sus pies y piernas están desnudos, a diferencia de los del hombre, por lo que ella está más expuesta a raspones y pisadas.

Te pueden pasar muchas cosas en la pista. Pero claro, lo que no puede pasarte, de ninguna manera, es caerte. Tropezones. Los que quieras. Caerte, nunca.

Pero una vez yo vi caerse a un tipo. Cayó completa y estrepitosamente sobre la mujer con quien estaba bailando. Era un salón con baldosas un poco resbaladizas. Y el tipo se cayó. Era habitué de esa milonga. Y no volvió nunca más. De la vergüenza.

Ya te digo, tropezones, los que quieras. Pero caerte, jamás.

NOVENTA Y DOS

Estoy esperando en la puerta del Canning, salón de baile, a mi compañero, para entrar con él. Los veo venir agarrados del brazo. Se los ve mayores. ¿Entrarán? Pienso mientras ellos se van acercando lentamente. ¿Serán tangueros, los viejitos? Seguro que sí, lo adivino cuando reparo en las calzas de ella, que se alcanzan a advertir debajo del tapadito.

Pero antes de llegar a la puerta, los dos se detienen y veo que el viejito se vuelve sobre sus pasos. Ella avanza hacia la puerta frente a la que estoy parada.

Buenas noche, dice.

Buenas noche, contesto, mientras veo que un auto Renault 12 color blanco está estacionando justo delante de donde estamos paradas.

Es mi compañero. Me dice la señora. Yo le dije que no iba a caber, y ya ve, no puede. Me aclara mientras yo también compruebo que el Renault entra y sale del hueco, intentando con muchas maniobras, pero infructuosamente.

Entonces, ya en confianza, y como para pasar el rato mientras su compañero intenta estacionar, ella me explica que él ya estuvo bailando esa tarde en el Arranque (otro salón de baile), después volvió, cenaron y se vinieron para aquí. Es que, a este salón, vienen todas parejas, así que yo tengo que acompañarlo, porque si no, él no baila. A las otras milongas, sí, va solo. Mire, me dice, mientras yo veía que el Renault dejaba de intentar y se fue a dar la vuelta manzana, mire, él baila los martes, los jueves, los viernes y los domingos. Me lo dice mostrándome cada día con un dedito diferente de su mano. El único día que voy con él, es el domingo. Nos vamos al mediodía al Salón Echagüe, y allí almorzamos y nos quedamos hasta las seis, más o menos, justo antes del sorteo. Y algunos jueves también lo acompaño, bueno, como hoy, que no hay mujeres para que él baile. Yo bailo solo con él, sabe. Porque solo lo entiendo a él.

Hace quince años estamos juntos, me dice, ya entrando más profundo en el terreno de las confesiones. (Se lo dice a una extraña que está esperando en la puerta para entrar a la milonga, porque, y esto hay que decirlo de una vez, los que bailamos el tango nos tenemos confianza. No solo dejamos sin problema nuestros bolsos en la mesa cuando salimos a la ronda de la pista, bolsos con llaves, billeteras y teléfonos, sino que también abrimos nuestro corazón en cualquier lado, porque el tango nos hermana en tango).

Él era viudo, y yo también. Así que no había problema y nos juntamos. Porque, yo ya sé que no los aparento, me dice justo cuando las dos vemos a su compañero acercándose, pero yo tengo ochenta. Y él, me dice tomando a su

compañero del brazo, mientras justamente el mío está llegando a mi lado, él tiene ¡noventa y dos!

Juntos entramos al salón, ellos fueron a sentarse en un extremo, y nosotros en el otro. Pero los miramos bailar, toda la noche. Incluso les saqué una foto y, cuando se acercaron a nuestra mesa a saludarnos, les dijimos lo bien que bailaban el tango. Son años. Dijo el tanguero de noventa y dos. Mientras volvía a tomar a su compañera porque la música ya estaba volviendo a comenzar.

LA SILLA ENCANTADA

Mi amiga se queja siempre. *No me sacan, qué tendré que no me sacan.* Ya le dimos mil consejos. Que la ropa, un poco más ajustada. Que las manos, que los pies, que la mirada. En fin. ¿Qué más decirle?

Estoy sentada en una esquina de la pista, al fondo. Hay una hilera de mesitas delante de mí. Vine, porque hoy es feriado y estoy aburrida. Esta milonga funciona por las tardes, un buen horario. Pienso que quizás me despeje un poco. Y luego vuelva mucho mejor a mi casa. Después de acomodarme, espero. Las tandas van pasando, pero no me sacan. Un tiempo has de esperar. Me digo. Igual, me gusta observar. Aunque no baile, pienso, algo me llevo de aquí esta tarde. Al rato un hombre viene y me saca. No está mal cómo baila. Pasa otro rato. Es curioso cómo funciona. Cuando empieza la tanda, los ves moverse rápido, hombres y mujeres, caminan como si estuviesen por la calle Florida,

caminan apurados. Al armarse las parejas, todo se aquieta un poco. Y ahí por ahí te ven. Tenés chance. Y te sacan. Pero por ahí no.

En uno de esos momentos, se acerca una mujer. Nos mira a las dos, pues a mi lado está sentada otra mujer, y nos pregunta, ¿alguna quisiera bailar conmigo? Yo la miro a la mujer que está sentada a mi lado, como llegó antes que yo, la dejo que elija primero. Pero ella no se muestra interesada, así que yo salgo a bailar milonga, es milonga lo que están tocando, con la mujer. Agradable, con buena marca. Me gusta su baile. Qué me importa quién me lleve, yo vengo a bailar el tango. Me doy cuenta que ese es el punto. Exactamente ese. Yo vengo a bailar unos tangos. Una sodita sobre la mesa, no hablar con nadie. Estar sola. Con esa música que te acompaña. Con la mirada puesta en la pista, cómo baila esta señora, qué bellos los zapatos de esta otra, qué bonitos esos jóvenes, quizás sean profesionales. Y, si tengo suerte, volar desde algún abrazo.

Esa tarde, un señor que me sacó la última tanda, me dijo, vos tenés que sentarte aquí. Y me señaló el lugar. El perfecto lugar para no dejar de bailar ninguna tanda. Ah. ¿Aquí? Sí, esta es la silla, me dijo. Gracias. Otro día la pruebo.

Pasaron algunas temporadas. Ayer volvieron a crearse las mismas condiciones que aquel día. Feriado. Nada que hacer por la tarde. Decidí repetir esa milonga. Al llegar, pregunté si estaba libre ese lugar. Me dijeron que sí. Me instalé. Pedí una soda. No paré de bailar hasta que, rendida, decidí volver a casa.

Así que ya sé. Hay una silla. Una silla encantada. Eso tengo que contarle a mi amiga.

LA PRIMERA VEZ

Tardaste mucho tiempo en empezar a quedarte en la milonga. María te alentaba a quedarte, pero vos, una vez terminada la clase que tomabas de ocho a nueve y media, te sacabas los zapatitos, te calzabas tus mocasines y te largabas. Digamos que huías. Te aterraba tener que quedarte sentada toda la noche, sin ningún hombre que te sacara a bailar. Te remitía a los tiempos de tu adolescencia, cuando a eso se le llamaba planchar. Hasta que un día, un maravilloso día, en una clase de tango que daba un profesor en reemplazo de María, que estaba de viaje, hiciste un clic. Sí, toda tu vida estaba llena de clics. Siempre habías funcionado de esa manera. Vos le llamabas clics, pero habías escuchado que los jóvenes decían: “Te cayó la ficha”. Sí, te cayó la ficha ese día.

El profesor había hecho que la música dejara de sonar, y los reunió a todos en círculo, para explicarles cosas de

cómo se bailaba el tango en los cuarenta, cómo era el abrazo, más abierto, cómo eran los pasos, más alargados. En cambio, el tango de los cincuenta, se empezó a bailar en salones donde casi no había sitio para que las parejas pudieran desplazarse, entonces, el abrazo se cerró, de tal manera que la mujer quedaba enfrentada al hombre, y los pasos se hicieron más cortitos. Había que bailar en una baldosa, dijo el profesor. Y ese es el tango que yo les enseño aquí. El tango milonguero. Una mujer mayor, con un acento extranjero muy marcado, preguntó entonces. ¿Cuál es la diferencia entre el tango y la milonga? Ninguna, respondió el profesor. Es lo mismo. Un tanguero. Un milonguero. Es lo mismo. Es más. Tampoco es necesario bailar el tango para ser tanguero. Podés venir, sentarte en una mesa, escuchar la música. Mirar. Y ese hombre, o mujer, también es milonguero. No es necesario bailar el tango para ser un tanguero, o milonguero. La mujer extranjera sonrió. Satisfecha por la respuesta. Y a vos, te cayó la ficha. Así que ese día te quedaste por primera vez en la milonga.

QUE EL FIN DEL MUNDO TE PILLE BAILANDO

Que el fin del mundo te pille bailando
Que el escenario te tiña las canas
Que nunca sepas ni cómo, ni cuándo
Ni ciento volando, ni ayer ni mañana

Joaquín Sabina, *Noches de Boda*

Era una noche de domingo. De aquellas. De tantas. Nos gustaba terminar el domingo en esa milonga que quedaba a mitad de camino entre su casa y la mía. Así que, una vez que cada uno cumplía sus ritos familiares, ravioles o asado, nos emperifollábamos con vestidito negro yo, y camisita y pantalón negros él. Y salíamos a cumplir nuestro último deseo del domingo: bailar unos tangos.

El salón del domingo era hermoso. Muy amplio, con una pista enorme. Entramos y nos ubicaron, como siempre, en

una pequeña mesa para dos al lado de la pista. Lindo estar al lado de la pista. Por delante tuyo pasan las parejas bailando. Y es como si bailaran para vos. Podés mirar bien. El paso de él, el pasito de ella. Cómo están vestidos. Forma parte del encanto. Ellos bailan para vos, y vos bailás para ellos. Es un extra. En el tango hay eso, es un agregado, un plus al placer interno e íntimo de bailar, el saber que te están mirando. Para las mujeres que van solas, porque los hombres eligen a quién sacarán a bailar la próxima tanda. Para los hombres que van solos, porque les gusta ser admirados en su baile, tanto por mujeres como por hombres. Y para los que vamos en pareja, porque es lindo mirar, y también aprender pasitos de los otros. Y que te miren bailar es como un piropo.

Pues eso, al lado de la pista. Nos acomodamos y yo me cambié los zapatos. Recuerdo que al levantar la vista vi al hombre. Estaba sentado dos mesas más allá. Y lo recuerdo porque me sonrió. Pensé que no era lugar de hombres solos esa mesa, que quizás estaba con una mujer. Luego supe que no. Que estaba solo.

La noche se mide y transcurre en tandas. No se cuentan las horas, sino las tandas. Nosotros, por ejemplo, no nos vamos hasta que no pasan la de Pugliese. A veces hay que esperarla mucho. A veces sale enseguida. Así que esa noche, como otra, habremos bailado la de Di Sarli, quizás alguna milonga, una tanda de Fresedo y no sé qué más, hasta que empezó la de Pugliese. Recuerdo perfecto que estábamos bailando Pugliese cuando paró la música. Nosotros nos quedamos casi enfrentados a la cabina del DJ, que estaba como elevada en una esquina de la pista. Entonces,

con una voz muy apenada, la mujer que organizaba dijo que la milonga se cerraba en ese momento, porque un milonguero acababa de fallecer en el salón.

Que el fin del mundo te pille bailando.

En silencio cada uno fue a su mesa a recoger sus cosas, y pagar su consumición. Fue mi compañero quien se dio cuenta de que el señor que estaba sentado dos mesas más allá, el señor que me había sonreído, ya no estaba.

Que nunca sepas ni cómo ni cuándo, ni ciento volando ni ayer ni mañana.

EL PERUANO Y EL PORTEÑO

Empezó a escuchar el tango por las noches, pues nomás llegar de Perú se consiguió un trabajo de sereno en un estacionamiento. Se quedaban de a dos, por las dudas pasara algo, pero resulta que no solo no pasaba nada, sino que no pasaba nada de nada. Se aburrían. Había una radio, y con eso se entretenían un poco. Al otro le gustaba el tango, y ponía la radio Ciudad o alguna otra que pasara tango. A él no le gustaba el tango, pero no importaba.

Una noche el compañero le enseñó unos pasos de tango. Estaban ahí, solos los dos en el estacionamiento, y se pusieron a bailar como antes, entre hombres. El peruano hacía de mina. Che, te sale bien, se reía el porteño. Y le seguía enseñando.

Un día el peruano, a instancias del porteño, se fue a tomar unas clases de tango en una academia cerca del estacionamiento. Fue la primera vez que bailó con una mujer. Se ve que algo tenía, porque al poco tiempo, ya estaba yendo a las milongas a practicar. Iba de tarde, y a la noche

le contaba los avances al porteño que no paraba de reírse y reírse. Che, al final vos vas a terminar bailando en Europa, le decía. Y el otro, no jodas, le decía.

Pero, ¿sabés que sí? No lo vas a creer, porque él tampoco lo creyó, cuando un día, en una milonga, una extranjera lo sacó a bailar. Porque las extranjeras hacen esas cosas, se acercan a tu mesa y son capaces de sacar a tu hombre. Pero bueno, el peruano estaba solo, y la mujer lo encaró. Bailaron una tanda completa. Y al final la mujer le preguntó si podía bailar con ella al día siguiente en otra milonga. Sí, como taxi dancer. Yo te pago cien dólares la noche. Le dijo la extranjera. El peruano aceptó. El único problema es que tiene que ser de tarde, dijo. Porque trabajo a la noche.

Al poco tiempo, el peruano ya tenía unas cuantas extranjeras y alguna que otra argentina interesada en sus clases. Se dio cuenta de que necesitaba las noches, así que dejó el estacionamiento. El porteño le deseó mucha suerte. Mandame una postal desde Venecia, le dijo. El peruano se reía. No jodas, le respondió.

Pero, ¿sabés que sí? No lo vas a creer, pero en una milonga conoció a una chica. Ella era de Milán. Bailarina. Venía a Buenos Aires a perfeccionar su tango. Le faltaba una pareja, de baile, pero también de vida.

Así que, te la hago corta. El peruano vive en Milán, se casó con la milanese y tienen ya un par de hijos. Viven de dar clases de tango, y para que parezca más auténtico, él se hace llamar el argentino. Pero, vos y yo, sabemos que no es cierto. Aunque el tango que lleva adentro se lo metió un argentino. Bailando, en esas noches serenas, bajo el techado cubierto de una playa de estacionamiento.

LA DESPAREJA

(otra crónica en forma de milonga)

El gordo con la bajita
La bajita con el flaco
El flaco con la pituca
La pituca con el pendejo
El pendejo con la japonesa
La japonesa con el Maestro
El Maestro con la veterana
La veterana con el taxi dancer
El taxi dancer con la profe
La profe con su alumnita
La alumnita con el chueco
El chueco con la pelirroja
La pelirroja con el canoso
El canoso con su novio
El novio con la principiante

La principiante con el avanzado
El avanzado con la milonguera
La milonguera con el fotógrafo
El fotógrafo con Adriana
Adriana con Nacho
Nacho conmigo.
Y aquí terminó esta milonga
llamada la desapareja.

PEPA Y PEPE

Él se llama Pepe, y a ella le dicen Pepa. O La Pepa. Él está siempre del lado de adentro de la barra de La Luna. Y ella, un poco sí y un mucho no. La Pepa y el Pepe, son hermanos.

La Pepa no para de moverse, te trae un trago a la mesita, se baila unos tangos cuando tiene ganas, sale a moverse como loca cuando viene la tanda de los rápidos. La Pepa te conversa, te cuenta, te explica. La Pepa te pregunta, te adula, te sonrío. La Pepa te agradece que hayas venido a su milonga.

Nos contó, la primera vez que fuimos a su milonga, que la cosa se fue dando porque el Pepe siempre tuvo un chiringuito en la playa. Vendía panchos, cervezas, refrescos y, al atardecer, tragos, y siempre había música. Siempre me gustó bailar. Moverme. Dice la Pepa bailando, moviéndose. En algún momento, me empezó a entrar el tango. A mí, al Pepe no. Dice la Pepa. Quizás fue porque había muchos porteños que empezaron a mudarse a la Costa. Vendían todo

en Buenos Aires, y se venían a la Costa a empezar de nuevo. Más o menos en la época de Menem. Empezaron a venir. Y ellos trajeron el tango. Gente de barrios tangueros de Buenos Aires. Se empezaron a organizar encuentros de tango. Se conseguían lugares que prestaban el salón, un bar, una cantina, te traías un reproductor y unos CD y a bailar. Hubo incluso, qué les voy a decir, una época dorada del tango en la Costa. Villa Gesell, Pinamar, Valeria. Los municipios apoyaban. Una buena movida tanguera había en la Costa. Con la gente del lugar, claro. Todo el año. Ahora ya no apoyan los municipios, y casi todo lo que hay, lo que ustedes encuentren de tango en la Costa, existe porque nos gusta. A mí me gusta. Dice la Pepa mientras se disculpa para ir a saludar a una pareja de recién llegados.

Desde la barra de bar, el Pepe lo mira todo en silencio. El lugar sirve de noche como discoteca para jóvenes, pero como no empieza hasta las dos de la mañana, los sábados el dueño del bar le cede gratis a la Pepa el saloncito de arriba. Donde está la barra donde reina Pepe en silencio. No se cobra entrada. El salón es pequeñito, pero muy acogedor. A eso de las once y media de la noche, la Pepa reparte pizzas gratis para todos los que estamos. Las trae ella, con sus dos manos, un platito en cada mano.

No creo que exista en el mundo una milonga donde entrás gratis y además te regalan una pizza a medianoche. Grandes personas del tango, el Pepe y la Pepa. ¡Salud hermanos! ¡Y larga vida!

EL OFICIO MÁS ANTIGUO

No siempre es placentero. Y tampoco es que una pueda decir que no.

Hay los que te hablan todo el tiempo. Los que te zamarran para aquí y para allí. Los que no siguen el ritmo, y lo tenés que poner vos. Hay los que te cantan al oído. Los que no te tocan casi. Los que te tocan demasiado. Los que te fuerzan un poco. Los que no saben llevarte.

Hay de todo un poco.

Por eso, el otro día estuve pensando. No sé cómo será, pero suena parecido. Bailás con bajitos, gorditos, jóvenes, viejos, altos, flacos, con barba o sin barba, no te importa a qué se dedican, no les preguntas nada, en fin. Se parece, ¿verdad? Y de vez en cuando, muy de vez en cuando, en el momento en que ya ni siquiera te importa ni lo estás buscando, aparece uno que te lleva a la gloria.

No me digas que no se parece. Con todo respeto, lo digo. Para ellas, claro.

AKIKO

La historia es la misma,
la misma siempre que pasa
desde una tierra a otra tierra
desde una raza a otra raza
como pasan esas tormentas de estío
desde esta a aquella comarca.

León Felipe, *¡Qué lástima!*

Las milongas de Buenos Aires reciben muchísimos bailarines japoneses, la mayoría son jóvenes, y bailan con mucha técnica y muy sobriamente. No tienen ese estilo “virutero” que muchos jóvenes nuestros lucen en la pista. (“Virutero”,² porque abren mucho el abrazo, y en su baile hay más figuras que caminata). Los bailarines japoneses bailan tango salón, calmado, sin extravagancias, caminan con lindos

2. La Viruta es el nombre de un salón de tango de Buenos Aires.

pasos largos, y cuando hacen alguna figura, es controlada y acorde al momento. Uno se pregunta, ¿verdad? Cómo es posible, si el tango es sentimiento de Buenos Aires, y ellos están tan pero tan lejos, y son tan pero tan distintos. ¿Cómo es posible que sientan nuestra música como nosotros la sentimos? ¡Si ni siquiera pueden entender la letra de los tangos! Me lo he preguntado tantas veces.

Pero un día, en una clase de tango conocimos a Akiko. Nos costó mucho trabajo recordar su nombre, ¿Akiku?, ¿Akuki? Nos equivocábamos con su nombre una y otra vez cuando volvíamos a encontrarnos en la misma clase. Akiko vive por todos lados, nos contó, pero pasa mucho tiempo en Buenos Aires, alternando su trabajo, que puede hacerlo desde su computadora, con el tango, que la capturó como a muchos de sus compatriotas. Por supuesto, es japonesa.

Akiko (y ahora que me aprendí su nombre me encanta decirlo, pues tiene una musicalidad como la de ella, cuando baila el tango) tiene una virtud. Habla español. Y entonces podemos conversar. Y hablando con ella, me di cuenta de que ella es igual a mí. Ríe, siente, se conmueve por las mismas cosas que yo. O, podríamos decirlo de la manera reversa. Yo río, siento, me conmuevo, por las mismas cosas que ella.

Un 5 de agosto (hace ya cuatro años), Akiko nos contó a todos la siguiente historia, que repito, con su permiso, y con sus propias palabras.

Hoy es un día especial para los japoneses. Hace sesenta y ocho años, la primera bomba atómica mundial fue arrojada sobre Hiroshima. Jamás olvidaremos ese día y la misma tragedia jamás debiera repetirse en ninguna parte del mundo.

Hoy, también es el cumpleaños de mi padre. Él dice que nunca se sintió cómodo al festejar su cumpleaños, debido a Hiroshima. “Cómo podría yo festejar mi cumpleaños si mis compatriotas están en un ánimo tan distinto”, decía. Pero vivir 78 años es un logro, padre. Al menos, podríamos compartir un pastel por este logro y también por nuestro país que ha podido mantener la paz estos sesenta y ocho años.

Hemos vivido, es cierto, distintas historias. Pero, al fin y al cabo, ¿no es la historia siempre la misma? No es acaso, como dijera el poeta, *la misma historia que pasa desde una tierra a otra tierra, desde una raza a otra raza.*

Así es que voy comprendiendo que al final poca cosa tenemos de diferente, nosotros, los seres humanos, y que es bastante maravilloso encontrar un lugar donde podemos demostrarlo. Ese lugar es el tango.

PUGLIESE

I

Había una pareja que venía cada sábado a bailar el tango. Él aprendió muy rápido, y era el mejor, el que mejor bailaba del grupo. Su mujer no bailaba tanto ni tan bien, pero siempre lo acompañaba, hasta que un día se accidentó y dejó de venir. Pero él siguió viniendo. Un día, apareció una mujer y empezó a tomar clases y a quedarse con el grupo a la milonga. Él la sacaba a bailar, y entonces todos nos empezamos a dar cuenta de que allí pasaba algo. Todos los mirábamos. No solo los de la mesa, sino también los habitués de la milonga. Y obviamente también el profesor. Los mirábamos. Ellos no parecían darse cuenta de nuestras miradas. O quizás no les importaban. Hay una edad en la que no importan los demás. ¿Qué podíamos decirle a ella? ¿Qué podíamos decirle a él? ¿Qué cosa hacían, a la vista de todos, que no fuera lo que todos hacen en la milonga? Ellos bailaban, como todos. Pero su abrazo no era como el de todos. Uno los miraba bailar, y

algo se veía, quizás el brazo de él sobre la espalda de ella, quizás la manera en que ella apoyaba su sien en la de él, quizás las piernas de ella, pegadas a veces a las de él. Pero todo era quizás. El tango es así. ¿Qué cosa veíamos todos cuando ellos bailaban? Veíamos deseo. Creo que era eso lo que nos perturbaba. El deseo que emanaba de ellos. Cuando volvían a la mesa, después de bailar un Pugliese, parecía que volvían desnudos. Hasta podíamos sentir el aroma del otro en cada uno. Era irreverente. Despiadado. Eso era lo que nos molestaba. Que hicieran el amor mientras bailaban.

Aunque. Nunca supimos si lo hicieron o no, alguna vez, en la realidad. Nunca lo supimos.

Un día, ella dejó de venir. Y en su lugar, volvió la mujer de él. Y todo volvió a ser como había sido antes. Todo volvió a su lugar. Pero. Pero algo se apagó en la milonga. Así que nos dimos cuenta de que ellos dos, habían iluminado nuestras noches. Y ahora, que ya no estaban más, a pesar de haberlos criticado tanto, cuestionado tanto, juzgado tanto... ahora, justo ahora, nos dábamos cuenta de que los necesitábamos...

II

Me gusta Pugliese. Me puede. Puedo bailar Di Sarli también, que es pausado, lento. Aunque no así D'Arienzo, que es más picadito y, no sé, no le encuentro la manera. Así que en la milonga, no me vas a ver salir a bailar en todas las tandas. Elijo qué tangos bailar. Elijo. Y sobre todo que sean tangos. No me gustan los valeses. Y las milongas me gustan, pero me bailo solo una de la tanda. Si es tanda de milonga, a ellas las saco a

bailar al final. Y ellas salen. Solo bailo lo que me gusta, pero además, a vos te lo digo, es porque estoy viejo, ¿sabés? Y me duele la pierna. Y me canso. Será el pucho. Estoy viejo, pero no se me nota. Me dicen que parezco de cincuenta. Pero no, bebé. Ya pasé los sesenta. Pero me siento bien, ¿sabés? En la milonga me siento bien. Sobre todo cuando bailo Pugliese. Cuando siento su música, salgo volando a la pista. Podría bailar con una escoba. Tanto me puede Pugliese. Pero bueno. Bueno.

Busco a alguna mujer. No te creas que a cualquiera. Puede ser una de la mesa, y si no, a alguien que ya haya estado mirando. A las mujeres les miro las piernas. Si me gustan cómo mueven las piernas, no importa cómo sean de arriba, las elijo. Y elijo. Puedo elegir. Las mujeres mueren por bailar conmigo. Soy guapo, tengo un abrazo fuerte y respetuoso (cosa difícil de lograr) y, según me han dicho varias milongueras, soy cadencioso... Tengo cadencia al bailar. Y las milongueras que me conocen, mueren por bailar conmigo. Me piden por favor que las saque. Así que yo elijo. Cuando termina la tanda de Pugliese, ya estoy hecho. Puedo volverme a casa.

III

¿Por qué empecé? No sé. Como otras mujeres de mi edad empiezan yoga, o inglés. O se ponen a estudiar psicología.

No sé. A mí no me gustaba el deporte, así que descarté el yoga. Tampoco estudiar una carrera, ya tenía la mía. Soy cirujana. Sí, ya sé. Somos pocas mujeres cirujanas. Pero no me mires así. No soy bicho raro. Solo un poco. Y un día pasé por la puerta de una academia, decía: tango, danzas árabes, salsa, folklore. Entré. Pregunté horarios. Me iban. Y empecé. Así empecé. Y después no pude dejarlo nunca más.

No estoy muy segura de a quién no pude dejar nunca más. No sé si fue al tango. O a él. O es lo mismo. Para mí, él era el tango. Él era, mi noche triste.

IV

¿Que si estoy casado? Sí. Tengo mujer. Pero a ella no le gusta bailar el tango. Yo igual la llevaba los sábados a la noche, para que no se aburriera sola en casa. Así que venía conmigo. Hasta que tuvo el accidente. Pero yo le dije, mirá Anita, yo voy a seguir yendo a bailar, porque bailar me carga las pilas. Y ella, ¿qué iba a hacer? No tuvo más remedio que aceptar. Así que empecé a ir solo. Y fue en ese entonces que apareció ella. O quizás ya estaba pero la vi entonces. Un día empezó la tanda de Pugliese, y me dije, a ver esta mujer, y la saqué a bailar. Ella me dijo, estoy empezando. Y yo la abracé, y le dije, tranquila. Dejate llevar, vos vení conmigo. Y desde ese día, no pude dejar de bailar con ella. No sé qué tenía esa mujer para mí, pero sentía su cuerpo pegado al mío, y me cargaba más las pilas. Nos hicimos adictos. Uno del otro. Y no lo ocultábamos. Pero fue eso. Solo eso. Yo no sé qué hacía esa mujer. No sé cómo era su vida. Aunque se la habría pedido si yo no hubiera estado casado. Pero. La vida es así, ¿verdad? Así que un día le dije, bebé, mi esposa vuelve el sábado que viene. Estábamos bailando cuando se lo dije. Ella no respondió. Se apretó mucho más aún a mi cuerpo, hundió su rostro en mi cuello, y siguió bailando. Cuando terminó el baile, y separó su cuerpo del mío, me di cuenta de que yo tenía todo el cuello de la camisa mojado. Ella había llorado todo el tango. Ese fue el último tango que bailamos. Un tango llorado. Y esa fue la última vez que la vi.

Le digo algo. Cuando se fue, se me apagaron las pilas. Y solo bailo para ver si aparece. Si vuelve. Yo también la necesito.

V

Él era mi noche triste. Pero de día no. Éramos de mundos distintos. Así que yo no tenía derecho a nada en su mundo. Ni se me hubiera ocurrido pedirle algo, ni estropearle algo de su mundo. Pero yo tenía algo de él. Y me bastaba. Tenía su cadencia. Su cuerpo moviéndose en la pista. Su cuerpo como si fuera un instrumento más de la orquesta que sonaba. Y lo amé. Desde el primer día que lo vi. Desde el primero, hasta el último tango que bailé con él. La pista era nuestra casa. La música, nuestra intimidad. Y con su abrazo, él me volcaba en aquel lecho de cadencias, y siempre, siempre, terminábamos haciendo el amor.

Nuestros finales son magníficos, me decía cuando terminaba la música. Y volvíamos a la mesa, como vistiéndonos volvíamos.

Pero luego, un día, hubo un último tango.

No. No volví. Me fui. Cuando ella volvió yo me fui. Como se debe hacer. Como Dios manda. Dios Tango.

VI

Cuando ella se fue, todos nos apagamos. Pero lo peor fue él. Un día, nos dimos cuenta de que no había bailado la tanda de Pugliese. Lleva un mes sin bailar, nos confirmó una de las compañeras, más observadora. Cuando empieza la

tanda, fijate, agarra los cigarrillos y se va a fumar afuera. Era verdad. Él ya no bailaba Pugliese. El grupo empezó a desmembrarse. En realidad, empezó a venir gente nueva, y los viejos, ya casi no venían. Solo algunos de nosotros. Un par de amigos. La mujer de él también dejó de venir. Decía que se aburría. Él no hablaba con nadie, pero cada noche, bailaba con dos o tres milongueras. Un día le pregunté por qué había dejado de bailar Pugliese. Él miró para abajo y dijo, porque ya no me importa. Dijo. Entonces, armándome de humildad, y contra todo lo que alguna vez mis ojos habían juzgado, yo, apoyándome en su hombro, como pidiéndole perdón, le dije: ¿Y por qué no vas a buscarla?

VII

Yo aprendí mucho con él. En realidad, aprendí lo más importante. A sentir la música, a sentir al hombre, a sentir su intención e irme con él.

Luego, después de que me fui, aprendí muchas cosas más. Aprendí la técnica y bailé con muchos hombres. A pesar de que no era una piba, ellos me buscaban. Los hombres. Pero eso sí. Cuando empezaba Pugliese, yo me iba afuera a fumar un cigarrillo. No podía bailar con otro. Me pasaba eso, me entraba una tristeza enorme y me tenía que ir afuera.

Así que ese día, estaban pasando Pugliese. Y yo afuera, terminando el cigarrillo. Lo tiré al suelo y cuando estaba apagándolo con la punta de mi zapato, un brazo detrás de mi cintura, y su voz. Su voz. Si terminaste el pucho, me dijo, vamos adentro que están tocando Pugliese.

CORRIENTES Y ESMERALDA

Amainaron guapos junto a tus ochavas
cuando un elegante los calzó de cruz
y te dieron lustre las patotas bravas
allá por el año... novecientos dos...

Esquina porteña, vos hiciste escuela
en una melange de caña, gin fitz,
pase inglés y monte, bacará y quiniela,
curdela de caña y locas de pris.

El Odeón se manda la Real Academia
rebotando en tangos el Royal Pigall,
y se juega el resto la doliente anemia
que espera el tranvía para su arrabal.

De Esmeralda al norte, del lao de Retiro,
Montparnasse se viene al caer la oración
es la francesita que con un suspiro
nos vende el engrupe de su corazón

Te glosa en poemas Carlos de la Púa
y Pascual Contursi fue tu amigo fiel...
En tu esquina criolla, cualquier cacatúa
sueña con la pinta de Carlos Gardel.

Poema de Celedonio Flores que luego convirtió en tango.
Mi tango preferido. Con música de Francisco Pracánico, ha
tenido muchas interpretaciones. Pero a mí me gusta la de
Pugliese con Chanel.

Me resulta bastante difícil decir por qué es mi tango preferido. A diferencia de muchos otros, *Malena*, *Grisel*, *El último café*, y tantísimos más, en este caso no se entiende demasiado la letra, hay que saber la historia y entender el lunfardo para captar. Pero, aun así, se intuye el aroma de cuando Corrientes era angosta, había tranvías para ir al arrabal y cantaba Gardel. De cuando había guapos en las esquinas y las prostitutas, que llamaban milonguitas, llegaban de Francia. De cuando el lunfardo era el idioma de los burdeles, y de los cabarets. De cuando el tango era tan culto como la bohemia de París. Se intuye, ese Buenos Aires que yo nunca conocí, ni siquiera a través de mis abuelos, que llegaban huyendo del hambre de Europa para refugiarse en conventillos con otros compatriotas.

Quizás me gusta porque pinta el principio. De esa amalgama de cosas que sucedieron para llegar hasta lo que hoy bailamos y escuchamos. Porque, y es muy extraño pensarlo, en las milongas se baila música de varias décadas atrás. Como mucho arañando los sesenta. Lo más común, los cuarenta. O sea, se baila historia. Con orquestas que ya no están. Con cantantes que ya no volverán. Con un Buenos Aires que ya convirtió en avenida su calle Corrientes y transformó muchos de sus cabarets en playas de estacionamiento. Con una esquina, Corrientes y Esmeralda, donde ya no luce el Teatro Odeón ni el Royal Pigall, pues todo aquello quedó demolido, para bien o para mal, por aquellos que los sucedieron.

Para entender los versos que Celedonio Flores canta a esa esquina, que por cierto logró inmortalizar, habrá que saber que Corrientes era angosta, que en esa precisa

esquina, donde se juntaban los guapos, un día Jorge Newbery que era además de aviador, boxeador, bajó de un golpe en la mandíbula a uno de los compadritos que se “amainaban en sus ochavas”, saber que el Odeón era un teatro que quedaba en la calle Esmeralda, entre Corrientes y Sarmiento, y que la referencia a la Real Academia es debido a las cultas obras españolas allí representadas. También hay que saber que el Royal Pigall era un cabaret que se ubicaba en Corrientes entre Esmeralda y Suipacha. Que en la esquina de Corrientes y Esmeralda funcionaba el café Guaraní, donde se daban cita después de las actuaciones, Gardel y Razzano, y que en ese lugar Pascual Contursi estrenó *Mi noche triste*, considerado en la historia del tango el inicio del tango canción.

Saber que Carlos de la Púa y Pascual Contursi fueron dos letristas y poetas, ambos dos cultísimos exponentes del lunfardo.

Y que cuando Gardel cantaba Corrientes y Esmeralda, le cambiaba el nombre en la última estrofa, reemplazándolo por Maurice Chevalier o Charles Boyer.

Todo eso saber. O nada. No saber nada. Y que solo te conmueva, aunque nunca entiendas por qué.

MAESTROS

Mi primera maestra fue María. Chiquita y ágil, siempre con zapatillas de baile. Entre mate y mate, en el garage de su casa, un tango y otro, me enseñó a seguir a un hombre, papel que ella desempeñaba con maestría. Claro, maestra era.

Un día fui a un salón de baile con mi hermana y mi cuñado. Sobre las mesas había papelitos anunciando las clases los sábados a la noche. Debajo de las mesas, zapatos de calle desparramados por doquier. En la pista, parejas bailando, para mi mirada, como los dioses. Tomamos un café y decidimos ir el próximo sábado a la clase. Ellos fueron mis segundos maestros. Gustavo y María.

En sus clases había mucha gente. Mujeres por un lado, hombres por el otro, practicábamos los pasos, las unas detrás de María, los otros detrás de Gustavo. Luego, cuando parecía que los teníamos (los pasos), y al son de “¡a buscar pareja!”, salíamos todos despedidos hacia el otro lado. A veces con suerte, otras sin suerte. Si había suerte, es un

decir, conseguías un hombre y practicabas, generalmente de manera infructuosa, el paso que María y Gustavo nos habían mostrado, y que ellos realizaban como si fueran divinos, no humanos, digo. Si no tenías suerte, porque ya lo he dicho, siempre somos más las mujeres que los hombres, te quedabas practicando el pasito, o caminando alrededor de la pista, caminata de tango, lo más importante del tango. Con ellos aprendí muchas cosas, pero lo más lindo de ese tiempo, es que después de la clase nos quedábamos en el salón, y comenzaba la milonga. Nunca un salón de tango brilló tanto como en esos años para mis ojos. Explotaba de gente, de milongueros viejos, de parejas jóvenes. Explotaba de tango para mí. Era el comienzo. Ahí conocí mucha gente. Y a Nacho, claro.

Pasado un tiempo, encontramos otros dos maestros maravillosos. Ya no se trataba de bailar de cualquier manera, sino de mejorar la técnica. Así que empezamos a ir a una academia. La de Jorge y Rosa. Fue la época en que yo estaba atacada por el tango. Eso te pasa, ¿sabés? Te agarra una especie de atracción fatal, así que yo iba a tomar clases los lunes y los martes, los miércoles y los jueves. Todos los días de la semana. Casi. Eso nos dijo Raquel, un día que fuimos a comprar nuestros primeros zapatos de tango. Es el mejor momento del tango, cuando estás aprendiendo.

En los salones de Jorge y Rosa aprendimos muchas cosas de tango. De orquestas de antes y de ahora. De historias de milongueros. Jorge se paraba en la mitad del salón y hablaba. Y luego estiraba su mano para llamar a Rosa, y bailaban los dos, como nunca vi bailar a otros dos. Los mirábamos, nos deleitábamos, nos emocionábamos con su

baile, y ya no nos importaba bailar como ellos, solo queríamos mirarlos bailar.

En el salón de Jorge y Rosa, conocimos a Akiko, y a tantos hombres y mujeres, que aún, cuando andamos por una milonga y los cruzamos, los abrazamos como si fueran nuestros más íntimos amigos.

Y fueron pasando los años. Al principio, cuando alguien te sacaba a bailar siempre había una pregunta obligada. ¿Hace cuánto bailás? Y uno contestaba, uno, dos, tres añitos. Luego venía el elogio. Qué bien lo hacés. Para tan poco. Solo el que sabe cuánto has de aprender, valora lo que se necesita invertir en ese arte de bailar el tango.

¿Cuánto llevamos invertido en esto? Le decía siempre Héctor a Nacho, recordando los inicios, hacía ya tanto tiempo, cuando en las clases solo eran tres hombres, y a ellos dos les tocaba bailar juntos. ¿Cuánto llevamos invertido en esto? ¿Un Fiat Uno? ¿O un pisito de ochenta metros?

Y finalmente. ¿Cuándo se termina de aprender? No lo sé, probablemente nunca. Pero uno es como es, y baila como baila, y aunque quisiera bailar como otros, nunca será así. Eso es lo que me maravilla del tango, todos haciendo las mismas cosas de manera tan diferente. Así que de repente te das cuenta de que lo te queda por aprender, lo aprenderás en la pista. No sola, claro que no. Pero tus maestros serán otros, muchos, todos los que andan por ahí sintiendo la música en los salones de Buenos Aires.

Así que, vaya este final para ellos. Para los tangueros, para los milongueros, y para los maestros, y para todos los que iluminan las pistas de las hermosas milongas de mi ciudad.

BONUS TRACK

LOS ZAPATITOS ROJOS

(sobre una idea del cuento de Andersen)

Había una vez, contaba mi mamá, una familia de leñadores que vivía en el bosque. En realidad, solo el papá era leñador. La mamá era ama de casa, y tenía mucho, mucho, mucho trabajo, porque habían tenido siete hijas. Ay, ay, se quejaba el pobre leñador, ¡ni un varón para ayudarme! Así que la pobre mujer, en los pocos instantes que tenía libres (que eran muy pocos) horneaba unas empanadas que llevaba al pueblo para vender, y así poder volver con algunas monedas para echar a la hucha familiar. En esas idas al pueblo, llevaba a sus siete hijas, que eran aún muy pequeñas para dejarlas solas en la casa. Luna, Marcia, Mercuria, Julia, Venus, Sabá y Dominga eran sus nombres. Porque habían nacido, cada una de ellas, en un día distinto de la semana. Luna, la mayor, había nacido una noche de lunes, de luna llena, y era bella, bella, como la esperanza de lo que empieza, antes aún de que se haga la luz, es decir, tenía los cabellos negros como la noche y el cutis blanco como la luna llena.

¡Como Blancanieves!, decíamos nosotras a coro mientras escuchábamos la historia de mamá. Sí. Igual que Blancanieves, respondía mamá.

Y las otras, ¿las otras cómo eran? Las otras, decía mamá, también eran bellas, pero mucho más chiquitas.

Entonces nos callábamos, y mamá continuaba su historia, que seguía así:

Luna, que es la protagonista de esta historia, tenía quince años cuando, en una de las salidas al pueblo, vio, en uno de los escaparates de los pocos negocios por donde pasaban caminando con las empanadas, un par de zapatos rojos. Y se enamoró de ellos. Aún no conocía el amor, y se enamoró de unos zapatos rojos. Y los zapatos rojos, se enamoraron de ella. Los dos. El izquierdo y el derecho. Y desde ese día que se vieron no pudieron dejar de soñarse. Bueno, en realidad, era Luna la que soñaba con los zapatitos rojos. No podemos saber si los zapatitos rojos soñaban con Luna. Pero si todas las cosas están hechas de lo mismo, y si hay una fuerza de atracción entre todas las cosas que existen en el mundo, entonces podemos decir, categóricamente, que sí, que los zapatitos rojos soñaban con Luna y la atraían hacia ellos, cada día con más fuerza.

Luna soñaba que cuando la mamá arropaba a sus siete hijas en sus camitas, y soplaba las velas para dejarlas dormir, y cerraba la puerta de madera pesada que había hecho el padre con leña de la buena, entonces, entonces, un viento muy fuerte abría los postigos de la ventana, y allí estaban ellos, los zapatitos rojos, llamándola. “Luna, Luna, ven a bailar con nosotros”. Y Luna se levantaba de la cama, se calzaba esos zapatitos mágicos, y con ellos se iba por el sendero bailando y bailando, hasta llegar a un gran salón donde muchas parejas danzaban. Y un chico, y luego otro, y luego otro, bailaban con ella hasta el amanecer. Luna soñaba que volvía,

bailando, a su casa, por el mismo sendero que había tomado a la ida. Se descalzaba. Colocaba sus zapatitos rojos en el alfeizar de la ventana, se ponía el camisón y se dormía. Se dormía de un sueño tan profundo que a la mañana, era incapaz de saber si había bailado realmente o lo había soñado.

¿Y había bailado? ¿O había soñado que bailaba?, preguntábamos nosotras, otra vez a coro, porque esa era la parte más difícil del cuento, la que más nos costaba entender. ¿Bailaba o soñaba?, mamita.

Soñaba que bailaba o bailaba soñando. No sabemos. Esa es la parte mágica de la historia. No hay que entenderla, es así. Luna no lo sabía, y nosotras tampoco lo sabremos. Pero una y otra vez, una y otra noche, los zapatitos rojos aparecían en la ventana, y el viento, y el sendero, y ella que se calzaba, y esa fiesta de luces y sonidos, y los chicos que se disputaban para bailar con la chica más hermosa del salón, la chica de los zapatitos rojos. Porque ahí, en el salón, nadie conocía su nombre.

Y ella, cada mañana, se levantaba con los pies y el cuerpo cansado. De bailar y bailar. A veces, durante el día, mientras ayudaba a su mamá con la limpieza de la casa o del granero, intentaba bailar. Y no podía. Solo con los zapatitos rojos ella podía hacerlo. No soy yo, pensaba Luna. Son los zapatitos los que bailan.

Pero, preguntábamos a coro las dos, cada vez más intriguadas, los zapatitos rojos ¿seguían estando en aquel escaparate del pueblo?

Sí, claro. Respondía mamá. Cada vez que la mujer iba al pueblo con sus hijas a vender las empanadas, los zapatitos rojos seguían allí, en la esquina del escaparate.

Pero esa mamá, seguía mi mamá, era una mamá muy inteligente. Y se dio cuenta de la afición de Luna por esos zapatitos desde el primer día. Así que ahorró y ahorró y aho-

rró, y justo el día de Navidad, a los pies del árbol de aquel humilde hogar, Luna encontró una hermosa caja de zapatos, con sus zapatitos rojos. Se los puso, y empezó a bailar, y saltó por la ventana y siguió por el sendero que tantas noches había recorrido, y llegó a ese baile, donde todos esos chicos la estaban esperando, y bailó y bailó hasta el amanecer, y luego regresó a su casa, puso sus zapatitos en el alfeizar de su ventana, y se durmió. Se durmió de un sueño tan profundo, que no pudo saber si ella realmente había bailado, o había soñado que bailaba con sus zapatitos rojos...

Y colorín, colorado, este sueño se ha acabado, terminaba mamá.

Y nosotras dos a coro, volvíamos a preguntar, pero no entendemos. ¿Soñó o fue realidad lo de los zapatitos rojos? ¿Su mamá se los compró? ¿O lo soñó?

Y mamá terminaba enigmática, ya lo sabrán hijitas, cuando crezcan. No se apuren a entender todo ahora. Tienen tanto tiempo por delante, suspiraba triste.

Yo siempre pensé que ella estaba triste, porque en el fondo de su alma siempre quiso tener esos zapatitos rojos. Quizás, fue su sueño, pensé mucho tiempo después, cuando fui grande.

Y dispuesta a encontrar esos zapatitos rojos fui en su busca y los encontré. Y con ellos bailo sin cesar toda la noche, y giro y giro iluminada por la luna, la luna de Luna. Y cuando ya no doy más, me los quito. Y dejo de bailar. Obviamente son ellos. Los que bailan. Yo, no tengo ni idea de cómo lo hacen... solo pongo allí mi sueño, y el sueño de mi mamá.

Este es un homenaje a mis zapatitos rojos. Y a mi mamá, que siempre quiso bailar.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2019, en Latingráfica,
Rocamora 4161, Buenos Aires, República Argentina.